



## Trabajo Fin de Grado

La Primera Guerra Mundial: derrota y  
paramilitarismo  
*World War I: defeat and paramilitarism*

Autor/es

Juan Morillas Herrero

Director/es

Julián Casanova



# ÍNDICE.

<b>RESUMEN:</b> .....	5
<b>ABSTRACT:</b> .....	5
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	7
<b>DESARROLLO ANALÍTICO.....</b>	7
1.- RUSIA: EL ESCENARIO .....	9
2.- VENCIDOS .....	20
3.- VENCEDORES .....	40
4.- EPÍLOGO: ¿GUERRA CIVIL EUROPEA? .....	46
<b>CONCLUSIÓN.....</b>	48
<b>COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO.....</b>	50



## **RESUMEN:**

La Primera Guerra Mundial provocó, todavía en su transcurso, la Revolución Rusa, una revolución multipolar que finalizó en última instancia con la toma del poder por parte de los bolcheviques y la salida de Rusia de la Gran Guerra tras la firma del tratado de Brest-Litovsk en 1918. El abandono de Rusia del conflicto dio lugar a unas altas expectativas de victoria en el bloque de los Imperios Centrales, lo que no hizo sino agravar el impacto de la derrota final, llegando al punto de la no aceptación de dicha derrota y al nacimiento del mito de la «puñalada por la espalda». Por otro lado, el final de la guerra desencadenó la desintegración de los Imperios Centrales y la construcción de unos nuevos estados-nación edificados bajo la idea de la homogeneidad étnica. La expansión del bolchevismo, el nacionalismo exacerbado, la no aceptación de la derrota, el paramilitarismo y la pretendida homogeneidad étnica como seña de identidad de los nuevos estados hicieron del Centro y el Este europeo un hervidero de violencia que prolongó la acaecida durante la Gran Guerra hasta 1923.

**Palabras clave:** Primera Guerra Mundial, Revolución Rusa, paramilitarismo, violencia.

## **ABSTRACT:**

World War I caused, even in its course, the Russian Revolution - a multipolar revolution that ultimately ended with the Bolsheviks' takeover of power and Russia's departure from the Great War after the signing of the Brest-Litovsk treaty in 1918. Russia's abandonment of the conflict led to high expectations of victory in the Central Powers, which did nothing but aggravate the impact of the final defeat, reaching the point of not accepting such defeat and giving place to the emergence of the myth of the «backstab». On the other hand, the end of the war triggered the disintegration of the Central Powers and the construction of new nation-states built under the idea of ethnic homogeneity. The expansion of bolshevism, the exacerbated nationalism, the non-acceptance of defeat, the paramilitarism and the purported ethnic homogeneity as a hallmark of the new states made central and Eastern Europe a hotbed of violence that continued to prolong the one experienced during the Great War until 1923.

**Key words:** World War I, Russian Revolution, paramilitarism, violence.



## INTRODUCCIÓN.

La historiografía tradicional ha interpretado la Primera Guerra Mundial como un conflicto bélico que se inició en 1914 y finalizó en 1918 y al que le siguió un «periodo de entreguerras» pacífico. Sin embargo, éste no es más que un enfoque occidental franco-británico que no sirve para la inmensa mayoría de los países que participaron en la Gran Guerra, algo de lo que se dio cuenta el historiador alemán Robert Gerwarth. De esta manera, Gerwarth argumentó en su obra *Los Vencidos* (2016) que 1918 no significó paz para muchos de los estados europeos, sino que tras los armisticios lo que vino fue una continuación de la violencia, al menos hasta 1923, provocada por la experiencia de la derrota y por la no aceptación de la misma, por lo que dicha violencia fue infinitamente mayor en aquellos estados que bien salieron oficialmente derrotados del conflicto bélico, o bien se sintieron derrotados tras el mismo a pesar de haber ganado la guerra (Italia).<sup>1</sup>

No obstante, a pesar de que a partir del centenario de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa han aparecido toda una serie de nuevas investigaciones que tratan la violencia que siguió a la Primera Guerra Mundial, este tema sigue siendo pasado por alto -salvo en contadas excepciones- en los institutos y universidades de España, donde la historiografía occidental sigue dominando los temarios. Es por ello por lo que he decidido realizar una investigación sobre dicho tema.

Por otro lado, los objetivos del trabajo son demostrar, basándome en la ya comentada tesis de Gerwarth, el impacto que tuvo la experiencia de la Primera Guerra Mundial en la violencia postbélica, pues fue ésta la que dio origen a la Revolución Rusa, y de la misma manera, al paramilitarismo y al exacerbado nacionalismo que dominaron la época a estudiar (1917-1923), ingredientes sin los cuales no se entiende la crueldad que vivió Europa en dicho periodo. Como ya se ha comentado, la derrota en la guerra fue el factor clave y diferencial para que la violencia postbélica floreciera en unos u otros territorios, es por ello por lo que al capítulo “Vencidos” (el cual debe su nombre a la obra de

---

<sup>1</sup> Gerwarth realiza así un contrarargumento respecto a la tesis de la brutalización de George Mosse, quien en su obra *Soldados Caídos* (1990) argumenta que fue la experiencia en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial la que habría generado una brutalización tanto de la guerra como de la sociedad en general tras dicho conflicto bélico, fijando como aceptables unos niveles de violencia que no tenían precedentes y que allanaron el camino a los horrores que tuvieron lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, siguiendo esta tesis de Mosse, los niveles de violencia en Gran Bretaña, Francia, Alemania y los distintos territorios en lo que se desglosó el Imperio Austrohúngaro deberían de haber sido muy similares, algo que no es ni mucho menos cierto. (GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti. La guerra dopo la guerra 1917-1923*, Bari, Laterza, 2017, pp. XX-XXI.)

Gerwarth) se le ha dedicado una mayor extensión que al capítulo “Vencedores”, pues los estados derrotados en la guerra fueron aquellos que después de ésta vivieron un mayor índice de violencia, remarcando también de esta manera las diferencias existentes entre la historiografía tradicional y la nueva historiografía que ha vuelto sus ojos hacia el Este europeo. De hecho, en el capítulo “Vencedores”, Italia es el país que más atención recibe, ya que la «*vittoria mutilata*» experimentada por dicho país, es decir, la sensación de derrota, fue la que provocó que un país que oficialmente había ganado la guerra fuera el que veía cómo por primera vez en la historia el fascismo llegaba al poder.

Por último, sería pertinente destacar, aparte de al ya mencionado Robert Gerwarth, las investigaciones realizadas por los historiadores Julián Casanova, Enzo Traverso, Mark Mazower e Ian Kershaw, los cuales han roto con la historiografía tradicional que hacía de la Historia franco-británica la Historia de Europa, y han demostrado a través de sus trabajos que dicha Historia no vale para estudiar los países del Centro y el Este de Europa. (Ver “Comentario bibliográfico”, pág. 49.)

## 1.- RUSIA: EL ESCENARIO.

El 2 de marzo de 1917, Nicolás II, zar del Imperio Ruso y perteneciente a la dinastía de los Romanov, se vio obligado a abdicar debido a las protestas que habían estallado el 23 de febrero en el corazón de dicho imperio ante la falta de pan en un país devastado por la guerra. Sin embargo, los síntomas de colapso estaban presentes desde hacía años.

Aunque a principio del siglo las tasas de crecimiento rusas eran superiores a las británicas, alemanas y estadounidenses,<sup>2</sup> el atraso militar conforme a británicos y franceses era palpable desde la derrota en la guerra de Crimea (1853-1856)<sup>3</sup>, y éste se acrecentó tras la derrota ante Japón en 1905. Sin embargo, a pesar de esta situación de desventaja y de que los expertos militares aseguraban que el ejército ruso no estaría preparado para entrar en una guerra contra el Imperio Alemán y el Imperio Austrohúngaro hasta 1917, y que en caso de derrota sería inevitable una revolución social, Rusia entró en la Primera Guerra Mundial el 2 de agosto de 1914<sup>4</sup>. Incluso los socialistas -de manera análoga al resto de los países beligerantes y haciendo caso omiso a los bolcheviques- se unieron a la causa de la defensa de la «Madre Rusia» frente a los alemanes.<sup>5</sup>

Al principio, la guerra no sentó nada mal a una dinastía en decadencia, pues intelectuales y amplios sectores apoyaron la causa nacional y se unieron bajo un manto de fervor patriótico; sin embargo, en lo militar, la guerra fue mal desde el primer momento, de manera que en ningún otro país se disolvió tan rápido la euforia inicial.<sup>6</sup> Además, ésta fue mucho más larga de lo que las élites europeas esperaban, siendo el ejército ruso el que primero empezó a sufrir la falta de recursos. Por otro lado, el número bajas (dos millones durante los nueve primeros meses y otros tantos durante los meses de mayo y septiembre de 1915)<sup>7</sup> provocó que la composición del ejército comenzara a cambiar, contando con nuevos reclutas de los cuales tres cuartas partes eran campesinos; unos campesinos que serán muy importantes en la revolución de 1917, pues tenían unas preocupaciones más vinculadas al bienestar de sus familias que a la guerra y a la patria.<sup>8</sup>

---

<sup>2</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 11.

<sup>3</sup> CASANOVA, J., *La venganza de los siervos*, Barcelona, Booket, 2019, pp. 20-21.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 49-50.

<sup>5</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, Barcelona, Crítica, 2016, p. 78.

<sup>6</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 13.

<sup>7</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 87-90

<sup>8</sup> CASANOVA, J., *La venganza....* op. cit., pp. 50-53. Véase también KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 113: «Muchos reclutas rusos, más de las tres cuartas partes de ellos de origen campesino, y en su

Los malos resultados militares y la nefasta administración gubernamental causaron malestar entre todos los sectores de la sociedad, también en la Duma, donde en verano de 1915 liberales y conservadores formaron un «Bloque Progresista», al cual pertenecieron políticos que posteriormente formarían parte del primer Gobierno Provisional en febrero de 1917. Por otro lado, Nicolás II asumió el mando supremo del ejército sin tener ningún conocimiento sobre asuntos militares. Es decir, mientras la Duma pedía un cambio y una trasfusión de poder desde la corona a dicha cámara, el zar se decantó por una posición autocrática, dejando a la zarina Alejandra como máxima autoridad en la retaguardia, la cual dio lugar, en palabras de Figes, a «una especie de anarquía burocrática».<sup>9</sup>

Alejandra nunca fue popular, quizás por su condición de alemana de nacimiento, y, además, nunca fue partidaria de las tendencias reformistas que demandaba la Duma, lo que provocó que la monarquía perdiera apoyos. Asimismo, la influencia que ejerció Rasputín sobre la zarina (pues parecía capaz de curar la hemofilia que sufría el único heredero al trono), la cual se incrementó tras la marcha de Nicolás II al frente, no hizo más que acrecentar las tensiones entre la nobleza y la corona. La mayoría de la nobleza se mantuvo fiel al zar, pero otros, como el Príncipe Lvov -que ocupará el puesto de presidente durante el primer Gobierno Provisional tras la Revolución de Febrero- se decantó ya desde finales del siglo XIX por planteamientos liberales. Las tensiones entre modernización económica, social y política y el bloqueo de las mismas, que ya llevaban décadas presentes, saltaron por los aires durante el conflicto bélico, todo ello mientras Rusia sufría una derrota tras otra.<sup>10</sup> Se trataba, en palabras de Julián Casanova, de «las dos Rusias», la partidaria de la reforma, de la modernidad, y la partidaria de la reacción y de la tradición; la oficial y la campesina, la élite y los empobrecidos.<sup>11</sup>

No obstante, Nicolás II no estaba dispuesto a ceder ni a cambiar sus políticas, por lo que ciertos cargos militares y políticos comenzaron a pensar en la revuelta palaciega como única forma de arrebatar poder al zar y a la zarina, haciendo así la revolución desde arriba para que Rusia no se viera sumida en una revolución radical y violenta desde abajo.<sup>12</sup>

---

mayoría analfabetos “no tenían ni la más mínima idea de qué tenía que ver con ellos aquella guerra”, ni, por lo visto, de que existiera un país llamado Alemania, se lamentaría el general Brusilov».

<sup>9</sup> ORLANDO, F., *A People's Tragedy: The Russian Revolution (1891-1924)*, Londres, Penguin, 1996, p. 265.

<sup>10</sup> CASANOVA, J., *La venganza..., op. cit.*, pp. 56-60.

<sup>11</sup> CASANOVA, J., “Las dos Rusias”, en *La venganza..., op. cit.*, pp. 20-28.

<sup>12</sup> CASANOVA, J., *La venganza..., op. cit.*, pp. 56-62.

Las posibilidades de una revolución desde abajo eran ciertas, pues la falta de abastecimiento de productos básicos era una realidad tanto en el frente como en la retaguardia, lo que llevó a soldados y a sus familiares a una situación de pánico. Además, el Gobierno se vio obligado a incrementar impuestos para financiar la guerra, siendo esta situación de escasez la que dio lugar a los primeros disturbios ya en 1915.<sup>13</sup> Fueron muchos los grupos (huérfanos, refugiados...) que se agruparon y protagonizaron protestas, pero fueron las *soldatki* (mujeres de soldados) las que iniciaron la revolución el 23 de febrero (día de la Mujer Trabajadora) en las calles de Petrogrado, culminando una situación de hambre, frío, descontento y crisis de autoridad a la que pronto se unieron trabajadores. La revolución había comenzado. Es decir, no se produjo una revolución desde arriba como pretendía parte de la élite rusa, pero tampoco se produjo una conquista mítica del Palacio de Invierno por parte de los prototípicos obreros-proletarios, de hecho, los principales líderes revolucionarios se encontraban en el exilio en febrero de 1917.

Los ánimos en el frente de batalla no eran para nada mejores que en la retaguardia (la deserción y la rendición eran un hecho ya a partir de 1916)<sup>14</sup>, y la disciplina de las tropas se desmoronó hasta el punto en el que los soldados, en su gran parte jóvenes campesinos, se negaron a combatir y a llevar a cabo las órdenes de sus oficiales, a los que veían como enemigos de clase. Toda esta situación radicalizó a los soldados, haciendo del ejército un cuerpo repleto de potenciales revolucionarios.

Y así fue, los soldados se pusieron del lado de las mujeres y los trabajadores que habían iniciado la rebelión, de manera que las huelgas, los motines y las deserciones en el frente se hicieron cada vez más frecuentes, todo ello con un Gobierno y una Monarquía incompetentes<sup>15</sup>. Miles de trabajadores tomaron las calles, dándose enfrentamientos con la policía y los escuadrones de cosacos; sin embargo, cuando los soldados se hicieron con el poder de las fábricas de armas y de arsenal cambiaron las tornas, pues el Estado zarista ya no contaba con la autoridad mientras que los insurrectos se encontraban armados<sup>16</sup>.

De esta manera, como adelantábamos al inicio del capítulo, a Nicolás II no le quedó otra opción que abdicar en favor de su hermano, el Gran Duque Miguel, el 2 de marzo; sin embargo, éste no aceptó el cargo, pues se vio abrumado por la revolución y al no

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 64-66.

<sup>14</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 114.

<sup>15</sup> CASANOVA, J., *La venganza...*, op. cit., pp. 71-72.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 78.

recibir el apoyo de la Duma. El sistema autocrático de los Romanov moría así más de 300 años después, echado abajo por una revolución que poco tenía que ver con lo que el padre del socialismo, Karl Marx, había planeado.

Quien asumió el poder el mismo 2 de marzo fue el Príncipe Gueorgui Lvov, dando lugar a un Gobierno Provisional cuya Duma se componía de la élite liberal y rica de Rusia, siendo Aleksander Kérenski -también miembro del Comité Ejecutivo del Sóviet- el único socialista de la cámara. El objetivo de este primer Gobierno Provisional fue el de avanzar hacia una democracia avanzada al estilo franco-británico, con una Asamblea Constituyente elegida mediante sufragio universal; no obstante, el verdadero poder residía en el Sóviet de los Delegados de Obreros y Soldados.<sup>17</sup>

El origen de los sóviets se encuentra tras la revolución de 1905, y fueron los socialrevolucionarios quienes en 1917 reivindicaron haber sido sus creadores e impulsores. Los grupos armados quedaron vinculados al Sóviet, algo muy importante para entender la falta de poder efectivo del Gobierno y de la Duma. Por otro lado, la decisión del Gobierno Provisional de continuar con la guerra (pues pensaban que la revolución haría cambiar el curso del conflicto bélico) hizo que los soldados, los cuales comenzaron a cansarse de la guerra ansiendo la paz, se opusieran a éste, lo que se vio reflejado en un mayor número de deserciones y en la quiebra de la autoridad militar. Además, los comités y sóviets que sustituyeron a los poderes imperiales se fueron multiplicando por toda Rusia, creándose «El Congreso de Sóviets de todas las Rusias».<sup>18</sup>

Por lo tanto, existía un poder dual al que se sumaban las miles de nuevas organizaciones tales como sindicatos, partidos políticos y demás asociaciones, las cuales provocaron que disminuyera todavía más el poder del Gobierno.<sup>19</sup> La sociedad rusa seguía dividida en esas «dos Rusias», la de las clases populares y la de los propietarios.<sup>20</sup>

Entre estas clases populares se encontraba el campesinado, los cuales identificaron la revolución con la conquista de la tierra, reclamando así unas tierras que no habían pasado a sus manos tras el Edicto de Emancipación de los siervos de 1861. Algunos liberales como el propio Príncipe Lvov pensaban que podrían educar al campesinado en sus

---

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 82-83.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 85-88.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 84.

<sup>20</sup> Este dualismo de poder fue definido por Lenin como «*dvoevlastie*», en *Pravda* No. 28, del día 9 (22) de abril de 1917, haciendo referencia a esa Cámara dominada por liberales y al Sóviet dominado por mencheviques, socialrevolucionarios y bolcheviques.

derechos y deberes cívicos; no obstante, muchos de los soldados campesinos que habían desertado pasaron a la acción sin esperar a la ley, dando lugar a episodios de vandalismo, destrucción de máquinas, etc. por lo que muchos terratenientes pidieron al Presidente Lvov que restaura el orden en el campo. No obstante, el Gobierno fue incapaz de hacer frente a la crisis económica y social, por lo que Lvov presentó su dimisión en julio.<sup>21</sup>

La revolución también tuvo su impacto en los pueblos no rusos, convirtiéndose en una oportunidad para los nacionalistas al producirse cambios a nivel político y social como la abolición de la censura. Estas luchas nacionalistas estaban realmente impregnadas de un claro sesgo de clase, pues la mayoría de los terratenientes eran rusos o polacos. Otra presencia importante fue la de las mujeres. Como ya hemos comentado fueron las soldatki quienes iniciaron la revolución el 23 de febrero, pero su papel no quedó ahí, sino que muchas mujeres pasaron a involucrarse en manifestaciones, mítines y sindicatos, luchando de esta manera por sus derechos a la vez que criticaban el comportamiento sexista de sus camaradas varones.<sup>22</sup>

La Revolución de Febrero no fue una única revolución, sino múltiples revoluciones; en palabras de Julián Casanova en *La venganza de los siervos* «los obreros tomaron el control de las fábricas, los soldados desertaban en masa y rompián las relaciones jerárquicas, los campesinos ocupaban y distribuían entre ellos las tierras no comunales, las mujeres defendían sus derechos y las minorías étnicas aspiraban a un mayor autogobierno».<sup>23</sup>

Ante este escaparate era claro que la revolución había triunfado, abriéndose ahora el dilema de cómo controlar todo aquello que se había desatado, pues los partidos socialistas (mencheviques, bolcheviques y socialrevolucionarios) se encontraban totalmente divididos, siendo éstos últimos el partido más numeroso a la altura de 1917 y aquél que contaba con más campesinos y soldados. Por otro lado, la caída del zar cogió a muchos líderes bolcheviques y revolucionarios como Lenin o Trotski en la cárcel o en el exilio, por lo que éstos no hicieron la revolución. Cuando Lenin llegó a Rusia la posición de los bolcheviques cambió totalmente, luchando a partir de entonces por la consecución de la paz, por la nacionalización de la tierra y por la creación de una República de Sóviets de

---

<sup>21</sup> CASANOVA, J., *La venganza...*, op. cit., p. 89-92.

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 92-95.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 95.

Trabajadores, todo ello sin ningún tipo de colaboración con el Gobierno Provisional, creando así una oposición de izquierda.<sup>24</sup>

A Lvov le sustituyó Kérenski como Presidente del Gobierno Provisional, pero tampoco pudo dar lugar a una Rusia democrática-parlamentaria, recibiendo ataques tanto de la derecha como de la izquierda. Kérenski parecía haber controlado a los bolcheviques, con Lenin de nuevo en el exilio en Finlandia, cuando el General Lavr Kornílov dio un golpe de Estado de carácter contrarrevolucionario. El Sóviet de Petrogrado creó entonces un comité especial para hacer frente a la amenaza contrarrevolucionaria, pero solo los bolcheviques contaban con la capacidad de armar a sus milicias, las llamadas «Guardias Rojas», las cuales no abandonaron las armas una vez finalizada la revuelta.<sup>25</sup>

Sin embargo, una vez abortado el golpe, Kérenski no salió fortalecido, pues el temor a la contrarrevolución radicalizó a los comités y a los sóviets, los cuales empezaron a ver a los bolcheviques como los salvadores de la contrarrevolución. Además, Rusia seguía en guerra. Kérenski nunca supo controlar la revolución social que estaba viviendo el país, teniendo que hacer uso de la represión como única manera de persuasión. Hacía falta por tanto que alguien llenara el vacío de poder existente, y ahí aparecieron los bolcheviques con su programa pacifista y partidario de entregar la tierra a los campesinos, el control de la industria a los obreros y el poder a los sóviets.<sup>26</sup>

Los bolcheviques, que no contaban con ninguna responsabilidad política, fueron aprovechándose de la situación de división y declive de los demás partidos socialistas, todo con su atractivo programa ya comentado. Además, los socialrevolucionarios comenzaron a identificarse con los sóviets, por lo que se unieron a los bolcheviques a finales de octubre; y al mismo tiempo, los propios bolcheviques comenzaron a hacerse con el control de estos consejos de obreros. Es decir, el empeoramiento económico, los problemas sociales y la continuación de la guerra provocaron un radicalismo político que consistía en un traspaso del poder a los sóviets, rompiendo de esta manera la alianza con la burguesía vigente en el Gobierno Provisional.<sup>27</sup>

La contrarrevolución no era una posibilidad, pues el golpe de Kornílov había fracasado, por lo que Lenin pensaba que había que pasar a la acción, que era el momento de tomar

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 96-99.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 101.103.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 104-106.

<sup>27</sup> *Ibidem*, pp. 109-113.

el poder por la fuerza, por lo que volvió a Petrogrado. El Sóviet creó entonces el Comité Militar Revolucionario, restando efectivos al Gobierno de Kérenski que quería trasladar a parte de la guarnición de la capital al frente, de manera que éste no podría defenderse en caso de revolución. En la Revolución de Octubre no hubo grandes enfrentamientos ni manifestaciones en la calle, sino que durante noche del 24 las Guardias Rojas y soldados se apoderaron de puntos estratégicos de la ciudad. Al día siguiente, Lenin anunció que el poder había pasado al Sóviet de Petrogrado.<sup>28</sup>

Tras este anuncio, se celebró el Segundo Congreso de Sóviets de todas las Rusias, en un momento en el cual los bolcheviques eran la fuerza más numerosa. Allí, por un lado, se aprobaron las primeras medidas, que consistían en conseguir la paz con las Potencias Centrales y en confiscar las tierras pertenecientes a la Iglesia y a la aristocracia; y por otro, se formó el primer gobierno (presentado como provisional), el cual se encontraba formado únicamente por bolcheviques y presidido por Lenin. No obstante, tras la caída de Kérenski, el verdadero gobierno efectivo de la capital fue el CMR, el cual se encargó de reprimir cualquier actividad antibolchevique. Sin embargo, para mantener el poder se necesitaba de apoyo social, pues la fidelidad a la revolución era la fidelidad a los sóviets que habían llevado a la toma bolchevique del poder, no a los propios bolcheviques.<sup>29</sup>

La Revolución de Octubre no contó con el nivel de aceptación con el que había contado su precedente de Febrero, pues tras ésta la sociedad rusa quedó enormemente dividida, siendo la guerra civil inevitable. Rusia firmó en 1918 el Tratado de Brest-Litovsk con las Potencias Centrales, por el cual sellaba su salida de la guerra, aunque con la pérdida de la mayoría de sus territorios europeos, pero al mismo tiempo, los bolcheviques pudieron centrar sus esfuerzos en hacer frente a las fuerzas contrarrevolucionarias y a su «Ejército Blanco». Además, la paz hizo que los soldados vieran con buenos ojos las políticas bolcheviques. No obstante, la mayoría de ellos, de campesinos y de obreros eran partidarios de un gobierno en el que estuvieran presentes todos los partidos socialistas y que convocara una Asamblea Constituyente. Así, finalmente, el 10 de diciembre los socialrevolucionarios entraron en el Gobierno.<sup>30</sup>

A pesar de que los bolcheviques no querían renunciar al poder las elecciones acabaron celebrándose, y éstas dieron como claros vencedores a los socialrevolucionarios, en parte

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 115-123.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 119-133.

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 126-133.

debido a los problemas que habían surgido entre bolcheviques y campesinos en cuanto a las luchas por el control y distribución de alimentos, las cuales acabaron con medidas de coacción. Sin embargo, los bolcheviques no aceptaron el resultado y apelaron a que el verdadero poder residía en los sóviets, pues la Asamblea podía ser utilizada por la burguesía para tomar de nuevo el poder. Así, el 6 de enero de 1918, un día después de que la Asamblea hubiera sido inaugurada, la Guardia Roja -una organización paramilitar bolchevique creada por Trotski<sup>31</sup> prohibió la entrada de los delegados al edificio. Los bolcheviques, siguiendo la terminología marxista, iniciaron una «dictadura del proletariado», una guerra civil dirigida no solo contra los contrarrevolucionarios, sino también contra el resto de las fuerzas socialistas.<sup>32</sup> Para afrontar esta guerra civil fue esencial la figura de León Trotski, Comisario del Pueblo que formó y organizó el Ejército Rojo a partir del reclutamiento de antiguos oficiales zaristas.<sup>33</sup> Además, para hacer frente a los múltiples adversarios internos, los bolcheviques hicieron uso del terror, un terror organizado desde arriba a partir de la Cheká<sup>34</sup>, órgano que se cobró más de diez mil víctimas únicamente en 1918.<sup>35</sup>

La Guerra Civil Rusa, al igual que la revolución, no fue únicamente una sola guerra, sino el fruto de múltiples conflictos superpuestos. Enzo Traverso señala en *A sangre y fuego* las distintas dimensiones con las que contó dicho conflicto, señalando en primer

---

<sup>31</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 21.

<sup>32</sup> CASANOVA, J., *La venganza...*, op. cit., pp. 134-136. Véase también MAZOWER, M., *La Europa negra*, Valencia, Barlin Libros, 2018, p. 25: «Lenin modificó su postura tras este rechazo del electorado: según sus Tesis sobre la Asamblea Constituyente era cierto que “en una República burguesa la asamblea constituyente [es] la forma más alta del principio democrático”; pero ahora deducía que según “la socialdemocracia revolucionaria... una República de los Sóviets [es] una forma superior del principio democrático”».

<sup>33</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 67.

<sup>34</sup> Como bien muestra Julián Casanova en *La venganza de los siervos*, la Revolución de Octubre trajo terror consigo desde el primer momento, un terror que con la excusa de combatir a la contrarrevolución también se dirigió a aplacar las huelgas antibolcheviques que surgieron por la situación de hambre, a los campesinos que protestaron por las requisas forzosas y a aquellos que pedían democracia. De esta manera, los bolcheviques apelaron a su legitimidad, pues ésta se utilizaba por un bien mayor: la defensa de la dictadura del proletariado. Además, esta violencia represiva estuvo acompañada de los Tribunales Populares, un aparato judicial que cumplía con los mismos propósitos de salvaguardar la revolución. Siguiendo esta línea, Enzo Traverso señala en *A sangre y fuego* la paradoja de la violencia bolchevique, pues por una lado practicaron el terror como arma de supervivencia, pero, por otro lado, lo justificaron en nombre de las leyes de la historia, apelando a que éste era necesario para la creación de una nueva sociedad. Trotski justificaba así la violencia fuera de la ley practicada por la Cheká y sus ejecuciones sumarias, la supresión de la democracia, la represión de los opositores, la instauración de la censura, la ilegalización de los partidos opuestos al régimen bolchevique, la toma de rehenes e incluso la ejecución de los miembros de sus familias (en referencia a los hijos del zar).

<sup>35</sup> TRAVERSO, E., *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valéncia, 2009, p. 51.

lugar un conflicto de clases, una guerra entre el proletariado urbano y la élite aristocrática e industrial, una guerra entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, una guerra entre blancos y rojos. Por otro lado, añade una dimensión social, un conflicto entre el campo y la ciudad, pues aparte de rojos revolucionarios y blancos contrarrevolucionarios, la guerra civil también contó con un importante número de campesinos, los llamados «verdes», quienes se oponían a las requisiciones forzosas de los bolcheviques, pero también a la vuelta al pasado zarista que proponían los blancos. Además, Traverso introduce una guerra nacional entre los rusos y los pueblos «alógenos», puesto que distintos pueblos periféricos trataron de desatarse por completo del gobierno de Petrogrado; y, por último, añade una guerra internacional, pues el conflicto cobró dicha dimensión debido al apoyo que recibieron los blancos por parte de las potencias occidentales, al mismo tiempo que los bolcheviques trataban de extender la revolución más allá de las fronteras rusas.<sup>36</sup>

En cuanto a los blancos, contaron con protofascistas, liberales y Kadetes, tratándose de un ejército nacionalista ruso que no logró ganarse ningún apoyo civil, pues tanto los campesinos como los distintos nacionalistas periféricos no compartían su causa; es decir, no contaban con un contraproyecto político más allá de el de volver al pasado, y es aquí donde residió su debilidad.<sup>37</sup> Por ejemplo, Ucrania contaba con 32 millones de nacionalistas ucranianos, mayoritariamente campesinos, los cuales solo compartían con los blancos su oposición al bolchevismo.<sup>38</sup> Por otro lado, el apoyo que les brindó las potencias aliadas -tropas, armamento y apoyo logístico- se redujo conforme el conflicto fue avanzando.<sup>39</sup>

A finales de 1921, el Ejército Rojo logró derrocar a las últimas resistencias blancas en Crimea; sin embargo, durante 1922 todavía tuvieron lugar episodios localizados de resistencia campesina.<sup>40</sup> Los bolcheviques consiguieron la victoria debido principalmente a su capacidad organizativa en oposición a la división existente entre sus adversarios y a su extrema残酷.<sup>41</sup>

---

<sup>36</sup> Esta explicación de la Guerra Civil Rusa ha sido realizada a partir de la obra de TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., p. 50; y de la obra de GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 66.

<sup>37</sup> CASANOVA, J., *La venganza...*, op. cit., p. 137.

<sup>38</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 165.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 164

<sup>40</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 81-82.

<sup>41</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 165.

Asimismo, Lenin supo ganarse a las fuerzas que en un principio le habían sido adversas. En primer lugar, atrajo al sector más importante de la población, el campesinado, con la Nueva Política Económica, la cual relajó el control de los bolcheviques sobre la agricultura e introdujo una limitada economía de mercado.<sup>42</sup> Y en segundo lugar, en el caso de los nacionalismos periféricos, Lenin, que en un principio había rechazado el bundismo<sup>43</sup> se dio cuenta de que era imposible prescindir del nacionalismo, que era necesaria una alianza temporal con estos grupos en pos de la revolución; así, los bolcheviques crearon un sistema federal por el cual por un lado se imponían a las nacionalidades no rusas y por otro lado les otorgaban poder político, económico y social.<sup>44</sup> No obstante, ésta no fue la única medida adoptada en el campo del nacionalismo, sino que también se produjeron concesiones de independencia mediante la retirada rusa de países como Finlandia, Polonia y las repúblicas bálticas, y represiones militares, como es el caso de la sovietización del Cáucaso.<sup>45</sup>

Así, después de siete años de lucha ininterrumpida, Rusia dejó atrás una guerra mundial, dos revoluciones y una guerra civil; sin embargo, el país estaba destruido. Ian Kershaw cifra en su obra *Descenso a los infiernos* en 1.800.000 los rusos muertos durante la Gran Guerra, y en 7.000.000 las personas -la mayoría civiles- que perdieron su vida durante la guerra civil.

Sin embargo, la totalidad de la violencia que sufrió durante este periodo de tiempo el viejo continente (teniendo en cuenta a Rusia por su influencia e intervención) fue muy superior a estas cifras, pues ya desde 1917 el ejemplo ruso se expandió hacia el interior del continente europeo, causando estragos sobre todo en los múltiples territorios que habían salido derrotados de la Gran Guerra. La revolución bolchevique y la incitación de Lenin y Trotski a la revolución mundial dio aire a las masas trabajadoras europeas; pero

---

<sup>42</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los... op. cit.*, p. 167.

<sup>43</sup> El bundismo es un movimiento de judíos de habla yiddish que en la preguerra había propuesto convertir el imperio ruso en una federación de pueblos con autonomía nacional-cultural, atacando la postura rusa de la asimilación (MAZOWER, M., *La Europa negra... op. cit.*, pp. 65-66.)

<sup>44</sup> MAZOWER, M., *La Europa negra... op. cit.*, pp. 65-68. El historiador británico Mark Mazower argumenta que este hecho explica el apoyo que recibieron los bolcheviques por parte de las nacionalidades que sufrieron la decantación de Versalles por los estados-nación; pues por ejemplo en Ucrania -país que pasó a formar parte de la URSS a partir de 1922- hacia 1929 el 97% de los niños recibían instrucción en su lengua nativa, mientras que en Polonia por la misma fecha se centró en cerrar escuelas de habla ucraniana, haciéndolas descender durante el periodo de entreguerras de 3.662 a 144.

<sup>45</sup> TRAVERSO, E., *A sangre y...*, *op. cit.*, pp. 51-52.

por el lado contrario, la propaganda antibolchevique de los emigrados rusos<sup>46</sup> -los cuales se refugiaron en su mayor parte en Alemania- provocó un aumento de los movimientos contrarrevolucionarios de extrema derecha que estaban surgiendo a raíz de la derrota en la guerra. Asimismo, los liberales, conservadores y socialdemócratas tampoco vieron con buenos ojos el terror bolchevique, por lo que el anticomunismo comenzó a expandirse por toda Europa.<sup>47</sup>

No obstante, la crisis de legitimidad en el continente europeo llegó un año después que en Rusia.<sup>48</sup> Fue Finlandia el primer país que se contagió de lo ocurrido en Rusia, estallando en enero de 1918 una sangrienta guerra civil que enfrentó a blancos y a rojos y que se llevó consigo al 1% de la totalidad de su población.<sup>49</sup> Los blancos victoriosos ejercieron una brutal represión sobre sus compatriotas, ejecutando a veinte mil rojos en un país de 3 millones de habitantes.<sup>50</sup> Sin embargo, el caso finlandés estuvo lejos de ser una excepción, pues todo el Este europeo se vio sometido a unos niveles de violencia extremadamente cruentos tras la Gran Guerra.

No obstante, no fue tan solo una etapa en la que revolucionarios y contrarrevolucionarios se enfrentaron, sino que al igual que lo ocurrido en la Guerra Civil Rusa, la violencia vivida en esta época tuvo mucho que ver con la raza. Además, también cabría destacar el antisemitismo y los conflictos producidos entre distintos estados-nación enmarcados en una reformulación de las fronteras europeas tras la descomposición de los grandes imperios centrales. Finalmente, sería preciso aclarar que, en la gran mayoría de los episodios de violencia, estas tipologías se fueron combinando unas con otras, haciendo todavía más complejo el estudio del periodo que abarca desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la firma del Tratado de Lausana en julio de 1923, fecha que la historiografía más reciente establece como la llegada de cierta estabilidad al viejo continente.

---

<sup>46</sup> Estos refugiados -que se cuentan por cientos de miles- raramente encontraron una acogida amistosa por parte de una población que ya estaba sufriendo la miseria de la posguerra. (KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 152-153.)

<sup>47</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti..., op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>48</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 131.

<sup>49</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti..., op. cit.*, p. 87.

<sup>50</sup> TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., p.48.

## 2.- VENCIDOS.

Rusia fue un espejo en el que pronto se acabaron viendo reflejados gran parte de los países europeos durante los años inmediatamente después a la revolución de 1917, y en mayor medida, aquellos territorios que acabaron derrotados en la Gran Guerra. Sin embargo, el impacto de la Revolución Rusa no sacudió únicamente a países beligerantes en dicho conflicto internacional; ya hemos visto el caso de Finlandia, país que no había participado en la guerra. Así, a finales de 1917 y a inicios de 1918 ya eran evidentes los signos de cansancio y de fractura política, algo que se vio reflejado en las grandes huelgas que estallaron en ciudades como Berlín, Viena o Budapest.<sup>51</sup>

La salida de Rusia de la guerra y las anexiones alemanas en el Este europeo debido al Tratado de Brest-Litvovsk<sup>52</sup>, y los buenos resultados de los Imperios Centrales durante 1917 provocaron optimismo y grandes expectativas de victoria a dicho bloque. No obstante, como hemos comentado, la situación en la retaguardia de estos países no era la misma que en las altas esferas militares, siendo evidente que no se iban a aguantar la guerra mucho tiempo más.<sup>53</sup> La victoria debía ser rápida.

De esta manera, Ludendorff comenzó su «gran ofensiva», la cual se convirtió pronto en una carnicería. Los alemanes no consiguieron romper las filas aliadas, encontrándose con una tenaz resistencia británica, y pronto fueron los alemanes quienes tuvieron que hacer frente a las ofensivas de los británicos. Si las victorias obtenidas en el frente oriental habían creado unas expectativas verdaderamente optimistas, parecía ser que la suerte había cambiado de bando. Todo ello con la gripe española y el desembarco en Europa de 250.000 soldados americanos mensuales de fondo.<sup>54</sup>

---

<sup>51</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 31.

<sup>52</sup> En primavera de 1918 la Rusia bolchevique firmó con los Imperios Centrales el Tratado de Brest-Litovsk, por el cual Berlín obtuvo el control de una amplia zona en la Europa oriental: Estados clientes en los antiguos territorios zaristas de Ucrania, Polonia y el Báltico. Por el contrario, el Imperio Austrohúngaro se vio relegado a la «paz del pan», pues quedó estipulada la entrega de un millón de toneladas de trigo de Ucrania a cambio de su independencia. Por último, el Imperio Otomano obtuvo territorios anteriormente rusos. Este tratado fue muy superior a lo que había soñado la Liga Panjermánica, de manera que tras la guerra la derecha alemana consideró Brest-Litovsk como la grandeza que pudo haber sido. (MAZOWER, M., *La Europa negra...* op. cit., p. 64) Véase también KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 100: Debido a este tratado -que quedó anulado en noviembre de 1918- Rusia tuvo que ceder Ucrania, el Cáucaso y parte de Polonia, territorios donde se encontraba un tercio de su población total y una proporción aún mayor de su industria, producción agrícola y recursos naturales tales como petróleo, hierro y carbón.

<sup>53</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 32-33.

<sup>54</sup> *Ibidem*, pp. 36-38.

Poco a poco las potencias centrales fueron cayendo, siendo Bulgaria -que llevaba en guerra desde 1912, cuando había unido sus fuerzas a Serbia, Grecia y Montenegro para atacar al Imperio Otomano- la primera en pedir un armisticio a los Aliados, hecho que se consumó con la firma del Armisticio de Tesalónica el 29 de septiembre de 1918.<sup>55</sup> La salida de Bulgaria reforzó la idea de que la guerra estaba perdida, una idea que se acrecentó todavía más cuando a partir del 24 de octubre las fuerzas italianas comenzaron una serie de ataques en el Monte Grappa y en el río Piave que provocaron una retirada definitiva del ejército austro-húngaro; finalmente, el emperador Carlos firmó un armisticio el 4 noviembre.<sup>56</sup> Sin embargo, el Imperio Austrohúngaro no sufrió tan solo una derrota en la guerra, sino que se desmoronó, pues fuera del corazón de Austria, las protestas de la clase trabajadora y de los soldados se mezclaron con demandas independentistas.<sup>57</sup> A finales de octubre, el Emperador accedió a que los soldados se unieran a sus respectivas causas nacionales, pues las deserciones de checos, polacos, húngaros y croatas eran ya una realidad.<sup>58</sup>

En cuanto al Imperio Otomano, firmó el Armisticio de Mudros el 30 de octubre, acabando así con una guerra que había comenzado en 1911 tras el ataque y la ocupación italiana de la actual Libia y de las islas del Dodecaneso; además, un año después se vio obligado a hacer frente a la Primera Guerra de los Balcanes.<sup>59</sup> Asimismo, al igual que en caso anterior, la derrota en la guerra también supuso la caída del imperio, por lo que en la zona del Levante árabe los británicos y los franceses crearon una serie de estados, unos «mandatos de la Sociedad de Naciones» que serían administrados por Londres y París.<sup>60</sup>

Así, tras la desintegración de los Imperios Centrales -el Austrohúngaro, el Otomano y el de los Romanov- emergieron diez nuevos estados: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Yugoslavia y Turquía.<sup>61</sup>

De esta manera, a inicio de noviembre de 1918, la única potencia del bando de los Imperios Centrales que seguía en guerra era Alemania, y al igual que había ocurrido en Rusia un año antes, los desastres militares y el cansancio provocado por tantos años de

---

<sup>55</sup> *Ibidem*, pp. 38-39.

<sup>56</sup> *Ibidem*, pp. 42-43.

<sup>57</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 138-139.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>59</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 43-44.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 168.

<sup>61</sup> *Ibidem*.

guerra crearon las condiciones para que comenzara la revolución. Por lo tanto, la quiebra militar trajo consigo la quiebra política, pues estas tensiones provocadas por la guerra hicieron que el régimen imperial perdiera gran parte de su apoyo y legitimidad. La revolución comenzó con una revuelta por parte de soldados de la marina, cuando éstos se negaron a combatir en una guerra submarina sin ninguna posibilidad de victoria, sino que se trataba de ataques pensados con el único objetivo de restablecer el honor de la Marina Imperial. Esta agitación se propagó a la base naval de Kiel, donde la revuelta adoptó un signo más político, pues los sublevados comenzaron a exigir el fin de la guerra y la abdicación del emperador. Pocos días después la revuelta se convirtió en una verdadera revolución cuando se extendió a distintas ciudades portuarias, situación que se verificó con su propagación al interior del Imperio el día 7 de noviembre. De esta manera, el día 9 el rey de Prusia y el emperador Guillermo II eran las únicas familias reales que permanecían en su puesto.<sup>62</sup>

El ejército alemán contaba con unas desigualdades importantes entre soldados y oficiales; sin embargo, las tropas alemanas sólo se vieron desmoralizadas a partir de 1918, comenzando así las tensiones. Muchos soldados -que progresivamente fueron realizando reivindicaciones más politizadas- comenzaron a pensar que sus sacrificios se encontraban al servicio de las ganancias de capitalistas y especuladores. La convicción de que solo una revolución podría acabar con dichas injusticias acabó calando en el frente de batalla, dando lugar a toda una serie de deserciones (se calcula que, de un millar de soldados, tres cuartas partes desertaron tras agosto de 1918)<sup>63</sup> con los ojos puestos en la consecución de la paz y en la revolución.<sup>64</sup>

Mientras tanto, el gobierno trató de que la situación no se radicalizara, puesto que incluso Friedrich Ebert y Philipp Scheidemann (presidentes de MSPD<sup>65</sup>) temían una revolución al estilo bolchevique. Mientras tanto, en la capital del Imperio, el USPD había convocado una serie de manifestaciones, por lo que para evitar que los acontecimientos

---

<sup>62</sup> *Ibidem*, pp. 48-53.

<sup>63</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los... op. cit.*, p. 133.

<sup>64</sup> *Ibidem*, pp. 112-113.

<sup>65</sup> A la altura de abril de 1918, el partido socialdemócrata alemán se dividió por sus diferencias en torno a la guerra. Una minoría radical, que rechazaba la guerra y apostaba por una revolución socialista, creó el USPD (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, cuyo núcleo pasará posteriormente a integrar el Partido Comunista alemán). Por otro lado, la gran parte de los socialdemócratas, que también eran reacios a la guerra, pero rechazaban la revolución decantándose por una democracia parlamentaria sin un káiser, pasó a integrar el Partido Socialdemócrata Mayoritario de Alemania, el MSPD. (KERSHAW, I., *Descenso a los... op. cit.*, p. 132.)

siguiieran el camino ruso, el ahora canciller von Baden anunció la abdicación del Kaiser. Así, Ebert se convirtió en el nuevo canciller al mismo tiempo que anunciaba junto a Scheidemann la instauración de la república. El nuevo ejecutivo presidido por Ebert, que pasó a contar con tres miembros de MSPD y otros tres del USPD, cumplió su objetivo de poner fin a la guerra el 11 noviembre de 1918, cuando Alemania firmó el armisticio con las potencias aliadas pocos meses después de pensar que la guerra estaba ganada.<sup>66</sup>

Por otro lado, Hindenburg y Ludendorff sabían que su reputación estaba en juego, y sabiendo que el Imperio Alemán no iba a ser capaz de salir victorioso del conflicto, comenzaron a maquinar un plan que les haría eludir toda responsabilidad de una derrota que se presentaba inminente. Así, comenzaron a culpar a las fuerzas políticas que llevaban tiempo exigiendo medidas democráticas -sobre todo a la izquierda socialista-, siendo éste el inicio de lo que después sería el mito de la «puñalada por la espalda», por el cual no habría sido el ejército el que (derrotado) habría hecho caer al régimen, sino que habrían sido las fuerzas políticas (no patriotas) que habían participado en los acontecimientos revolucionarios quienes habrían hecho caer a un imperio invicto asisténdole una puñalada por la espalda, desde la retaguardia.<sup>67</sup>

El Este europeo sufrió un devastación notablemente superior a la de los países occidentales, ya que en estos territorios la guerra había sido más móvil; así, aquellos soldados que regresaron a ciudades tales como Berlín, Viena o Budapest encontraron un territorio sumido en el caos y la revolución.<sup>68</sup> El paisaje social, político e ideológico era totalmente diferente al que habían dejado en 1914.<sup>69</sup> Asimismo, no volvieron soldados a casa, sino sociedades enteras ya acostumbradas a la muerte, a la violencia y al dolor.

Los combates no cesaron en 1918 en esta parte de Europa, sino que continuaron por lo menos hasta 1923, teniendo lugar durante estos años toda una simbiosis de revoluciones, contrarrevoluciones, violencia étnica, pogromos, guerras de independencia, conflictos civiles y guerras entre distintos estados. En esta serie de conflictos tuvo un enorme peso la violencia paramilitar, una violencia llevada a cabo por una serie de organizaciones militares o quasi militares que se expandieron o remplazaron a las formaciones militares

<sup>66</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 53-54.

<sup>67</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 103-104.

<sup>68</sup> *Ibidem*, pp. 148-149.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 145.

oficiales, y que pudieron aparecer tanto en medio del vacío de poder surgidos tras el colapso de los estados al final de la guerra, o a modo de complemento a favor o en contra del poder estatal.<sup>70</sup>

Esta violencia paramilitar ha sido explicada por conceptos como el de la «brutalización»<sup>71</sup>, sin embargo, la experiencia de la guerra no es suficiente para explicar por qué ésta se produjo en mayor grado en unos países beligerantes que en otros. De esta manera, Robert Gerwarth pone el foco de atención en el poder movilizador de la derrota, otorgando a dicha experiencia una especie de estado mental que habría impedido a los estados derrotados reconocer el fracaso con el que se saldó la Gran Guerra<sup>72</sup>. Asimismo, la derrota y la vuelta a casa fueron todavía más duras para aquellos soldados que habitaban en las regiones fronterizas de los Imperios Centrales, zonas étnicamente diversas en una Europa -que como veremos posteriormente- se estaba redibujando bajo el principio de la homogeneidad racial y donde aparecieron territorios sin un claro estado o autoridad.<sup>73</sup>

Por otro lado, también es importante destacar el papel crucial que jugó la nación en la legitimación de la violencia, pues al igual que había legitimado la entrada en guerra en 1914, cuatro años después, muchos grupos de soldados que habían estado en las trincheras y que no dejaron las armas al regresar a sus hogares, se tomaron la justicia por su mano, reparando mediante la guerra el orgullo nacional que había quedado destruido tras la firma de los armisticios de 1918.<sup>74</sup> Además, a diferencia de los ejércitos regulares, estas organizaciones contaron con ambiciones políticas, viéndose a sí mismas como soldados políticos que debían luchar contra comunistas, burgueses, minorías étnicas o judíos.<sup>75</sup>

---

<sup>70</sup> GERWARTH, R., & HORNE, J., “Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923”, *The Journal of Modern History*, 83, nº3, 2011, pp. 489-512, espec. p. 1.

<sup>71</sup> La tesis de la brutalización de George Mosse, argumentada en su obra *Soldados Caídos* (1990), consiste en que la experiencia en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial habría generado una brutalización tanto de la guerra como de la sociedad en general, fijando como aceptables unos niveles de violencia que no tenían precedentes y que allanaron el camino a los horrores que tuvieron lugar durante la Segunda Guerra Mundial, conflicto en el cual las víctimas civiles superaron a las de los combatientes. (GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. XX-XXI.)

<sup>72</sup> Frente a esta tesis de Robert Gerwarth, por la cual Francia y Gran Bretaña no habrían sufrido una violencia tan elevada como el resto de los países debido a no haber sufrido la experiencia de la derrota, Dirk Schumann argumenta que esto se debió en realidad a que la violencia de estos países fue relegada a las colonias, algo que no era posible para estados como Alemania. (GERWARTH, R., & HORNE, J., “Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923”, *The Journal of Modern History*, 83, nº3, 2011, pp. 489-512, espec. p. 3).

<sup>73</sup> GERWARTH, R., & HORNE, J., “Vectors of Violence: Paramilitarism...”, op. cit., pp. 2-4.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 11.

Esta continuación de la violencia contó con una connotación revolucionaria y contrarrevolucionaria muy marcadas. Por un lado, la liberación de cientos de miles de prisioneros de guerra -en su mayoría austrohúngaros- por parte de la Rusia leninista produjo una fuerte radicalización de sus países de origen, pues influenciados por la ideología bolchevique acabarían convirtiéndose en dirigentes de la izquierda revolucionaria de Europa Oriental (como sería el caso de Béla Kun en Hungría o de Tito en la futura Yugoslavia).<sup>76</sup> Sin embargo, a diferencia de aquello que veremos en el caso contrarrevolucionario, el bolchevismo desató una violencia ejercida desde arriba, desde el Partido y no desde el ejército (como hemos visto en el capítulo anterior con la Cheká), de manera que el Partido absorbió a la violencia paramilitar sin tener que hacer uso de ella como principio legítimo.<sup>77</sup>

Por otro lado, en cuanto a la contrarrevolución<sup>78</sup>, impedir que el bolchevismo se propagara más allá de las fronteras rusas se convirtió en una obsesión, de manera que las revoluciones encontraron una feroz oposición allí donde se extendieron.<sup>79</sup> Así, como respuesta a la revolución comunista, emergieron por toda la Europa derrotada una serie de movimientos paramilitares contrarrevolucionarios destinados a combatir la radicalización izquierdista que estaban sufriendo dichos territorios al acabar la guerra.<sup>80</sup>

El miedo que generó la muerte violenta durante el conflicto se convirtió ya durante la guerra en estudio de la medicina y de la psicología, de manera que en la posguerra nos encontramos tanto con soldados traumatizados como con héroes combatientes forjados en las trincheras. Asimismo, la angustia se mezcló con el miedo provocado por la Revolución Rusa, un miedo que a su vez se alimentó de esa «puñalada por la espalda» comentada con anterioridad, siendo el resultado una incitación a la violencia.<sup>81</sup> La sed de venganza contra aquellos que se consideraban como responsables de la derrota, y que aparte se encontraban construyendo un mundo totalmente opuesto al que muchos soldados y oficiales habían estado defendiendo, fue uno de los componentes más importantes con los que contaron estas organizaciones paramilitares.<sup>82</sup>

---

<sup>76</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, *op. cit.*, p. 28.

<sup>77</sup> GERWARTH, R., & HORNE, J., “Vectors of Violence: Paramilitarism...”, *op. cit.*, p. 9.

<sup>78</sup> «Para combatir la modernidad, cuando ésta última tomaba la forma de la revolución, hacía falta una contrarrevolución, es decir, una “revolución conservadora”». (TRAVERSO, E., *A sangre y...*, *op. cit.*, p.31).

<sup>79</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* *op. cit.*, p. 159

<sup>80</sup> GERWARTH, R., & HORNE, J., “Vectors of Violence: Paramilitarism...”, *op. cit.*, pp. 7-8.

<sup>81</sup> TRAVERSO, E., *A sangre y...*, *op. cit.*, pp. 154-158.

<sup>82</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* *op. cit.*, p. 160.

La Europa central y oriental quedaron políticamente desintegradas al finalizar la guerra, de manera que las organizaciones paramilitares contrarrevolucionarias asumieron un papel destacado. Se trataba de organizaciones que contaron con la presencia de exoficiales (la llamada «generación de la guerra»<sup>83</sup>) brutalizados por la guerra, que no aceptaban la derrota y a los que les repugnaba la revolución. Éstos, unieron sus fuerzas con miembros de un generación más joven<sup>84</sup>, que, aunque inexpertos en lo militar, contaban con una enorme radicalidad,<sup>85</sup> dando lugar a una estructura organizativa con jerarquías planas donde la obediencia al líder<sup>86</sup> se logró a partir del reclutamiento voluntario; unos reclutas -varones<sup>87</sup>- que buscaban medios para mantener la camaradería y la emoción del combate que les había otorgado la, en palabras de Ian Kershaw, «comunidad de trinchera».<sup>88</sup>

Tal vez uno de los casos más significativos donde revolución y contrarrevolución se enfrentaron fue el de las Repúblicas bálticas. Dos días después del fin de la hostilidad en occidente, el Ejército Rojo trató de reconquistar los territorios que había perdido tras la firma del Tratado de Brest-Litovsk. Así, el 3 de enero de 1919, Rusia ya había reconquistado Estonia, Letonia y Lituania, por lo que Lenin comenzó a pensar en la revolución bolchevique global. Sin embargo, ninguna de estas nuevas Repúblicas

---

<sup>83</sup> La contrarrevolución, y la futura revolución fascista, se presentaban como la obra de una aristocracia forjada en las trincheras que se había hecho adulta desafiando a la muerte a partir de muestras de valentía y de espíritu de combate. (TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., p. 173.)

<sup>84</sup> Las filas de las milicias paramilitares se engrosaron con la llegada de una nueva generación, la cual había sido demasiado joven como participar en la guerra pero que había quedado profundamente marcada por los tormentos de la derrota. (TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., p. 172.) Véase también GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 112-113: Las milicias paramilitares ofrecían a estos jóvenes una oportunidad de vivir la romántica existencia de la guerra; así, una vez entraban en dichas organizaciones dominados por exoficiales, ansiosos por mostrar su valor en una comunidad repleta de «héroes de guerra», intentaban impresionar a sus oficiales mediante un bruto comportamiento militar.

<sup>85</sup> GERWARTH, R., & HORNE, J., “Vectors of Violence: Paramilitarism...”, op. cit., p. 10.

<sup>86</sup> Las contrarrevoluciones dieron lugar al surgimiento de dictaduras militares, y en este contexto Max Weber reformula su teoría de la «dominación carismática», incorporando a ésta diferentes tipos de cesarismo cuya tipología ya había establecido en *Economía y sociedad*. El líder, que se erige como un salvador u hombre providencial, cuenta con «poder carismático» alrededor del cual se constituye una «comunidad carismática» de adeptos unidos por un sentimiento quasi religioso que consiste en las creencias de las facultades extraordinarias de éste, asumiendo de esta manera una posición de sumisión ante la voluntad del líder. (TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., p. 86).

<sup>87</sup> La masculinidad fue vista como sinónimo de fuerza, coraje, valentía, belleza y nobleza frente a la cobardía, la fealdad y la debilidad que encarnaban los judíos y los homosexuales. Y, por otra parte, la violencia paramilitar contó con un rasgo de género muy marcado, pues siguiendo la iconografía del siglo XIX, a las mujeres se les relegó al frente interior (a pesar de que en un primer momento se alistaran en masa al Ejército Rojo) otorgándoles el puesto de «reproductoras de la raza y ángel del hogar» e identificándolas con la nación, de manera que la violación de estas comenzó a verse como el asesinato de la propia nación. (TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., pp. 175-178.)

<sup>88</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 160.

Soviéticas Bálticas iba a durar mucho. Se creó para la autodefensa antibolchevique unas fuerza paramilitar báltico-alemana, la Baltische Landeswehr, la cual contó con miles de voluntarios provenientes de Alemania, los cuales tuvieron el incentivo de la promesa por parte del gobierno letón de concesiones de tierras a quienes se unieran a la causa. A su vez se formó la División del Hierro, otra fuerza de combate. Sin embargo, esta no fue la única de las razones para el reclutamiento, sino que muchos ansiaban alargar su experiencia como soldados, y a otros en cambio fue la venganza hacia el bolchevismo que había provocado la humillación y la caída del Imperio aquello que les movilizó.<sup>89</sup>

Muchos de estos voluntarios se autodefinieron como Freikorps -cuerpos francos- y a mitad de febrero comenzaron un sangriento ataque contra los bolcheviques. Sin embargo, esta guerra no era como la anterior, pues no era un conflicto con claras líneas de frente y, además, dio comienzo a una violencia totalmente indiscriminada que se iba a alargar durante más o menos tres décadas a lo largo de todo el continente europeo, una violencia que no conocía diferencias entre civiles y combatientes. De hecho, esta violencia propiciada por los Freikorps (los cuales se calcula que atrajeron a entre 200.000 y 400.000 individuos)<sup>90</sup> contra la población civil letona puso en riesgo la relación entre el gobierno letón y los paramilitares alemanes, una relación que acabó de romperse del todo cuando el objetivo de la alianza -la expulsión del territorio del Ejército Rojo- se vio cumplido en marzo de 1919. Sin embargo, cuando el gobierno exigió la retirada de las fuerzas alemanas, éstas respondieron con un golpe de Estado que garantizaría los intereses alemanes. Esto provocó el apoyo de los Aliados al gobierno letón, los cuales obligaron a los Freikorps a retirarse a Alemania inmediatamente, a lo que Ebert respondió argumentando que dicho retiro provocaría la victoria bolchevique si Francia y Gran Bretaña no estaban dispuestas a enviar a sus tropas a la zona.<sup>91</sup>

La campaña alemana finalizó a finales de mayo de 1919 con la Batalla de Riga, tras la cual comenzó una violenta represión contra la población probolchevique. El terror antibolchevique, que dejó cerca de 3.000 muertos, se dirigió contra toda la población, siendo a su vez frecuente el asesinato y la violación de mujeres. No obstante, los Freikorps no estaban dispuestos a asumir las exigencias británicas, por lo que pretendieron invadir Estonia, una idea que provocó que se cambiaran las tornas. El 23 de junio, las fuerzas

---

<sup>89</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 57-59.

<sup>90</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 159.

<sup>91</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit, pp. 59-61.

letonas en alianza con las tropas estonias derrotaron a los Freikorps en Wenden, obligando de esta manera a su retirada.<sup>92</sup>

Sin embargo, furiosos por un nuevo fracaso -y por la reciente firma del Tratado de Versalles- muchos de ellos rechazaron volver a Alemania, de manera que cerca de 14.000 soldados se unieron al Ejército Blanco en la Guerra Civil Rusa. En cuanto a aquellos que decidieron regresar a Alemania, sintiéndose traicionados por el pueblo báltico, dejaron a su espaldas un rastro de violencia incendiando granjas y pequeñas propiedades y asesinando civiles. Una vez en casa, muchos de ellos siguieron con su carrera paramilitar en organizaciones de extrema derecha; otros, en cambio, dejaron las armas.<sup>93</sup>

Esta situación de violencia revolucionaria y contrarrevolucionaria fue común en todo el Centro y el Este europeo; sin embargo, a la altura de 1923 cuesta encontrar un país con un régimen no democrático-parlamentario en dicho territorio, lo que no quiere decir que fueran democracias fuertes y estables. La excepción la encontramos en Hungría, la cual es de hecho una excepción doble, pues fue el único país que logró establecer una república de corte soviético durante apenas cuatro meses, tras la cual Horthy impuso una dictadura militar.

En el caso de Alemania, la mayoría de los soldados regresaron a sus casas tras el armisticio de noviembre; sin embargo, otros, la mayoría pertenecientes a la marina y aquellos que habían prestado servicio en la retaguardia, participaron activamente en la revolución que había provocado la caída del Kaiser. Por otro lado, parte de los soldados y oficiales que habían sido destinados al frente, se mostraron más hostiles hacia los sucesos revolucionarios. No obstante, a pesar de estos últimos, la transformación de Alemania en una república moderna contó con el apoyo de la gran mayoría de la población. El ejecutivo fue presidido por Ebert, un político que pertenecía a la prototípica segunda generación de socialdemócratas alemanes, pues aun siendo marxista, rechazaba la revolución para centrarse en la reforma como método para lograr la mejora de las condiciones de vida de las clase trabajadora. Era claro entonces que el MSPD apostaba por una democracia parlamentaria, pues no quería que una revolución al estilo bolchevique (algo por lo que sí se decantaba el USPD) condujera a Alemania a una guerra civil. La línea de Ebert y del MSPD fue finalmente respaldada por la sociedad alemana

---

<sup>92</sup> *Ibidem*, pp. 61-63.

<sup>93</sup> *Ibidem*, pp. 63-64.

cuando en las elecciones del 19 de enero de 1919 dieron como vencedores -con un 80% de escaños- a los tres partidos que sostenían una renovación democrática de Alemania: el MSPD, el Partido Democrático Alemán y el Partido de Centro católico.<sup>94</sup>

Sin embargo, una democracia parlamentaria no era el objetivo del completo de la sociedad alemana. El USPD, que a finales de 1920 se unió a otras fuerzas de la izquierda radical para formar el KPD (Partido Comunista Alemán), pretendía construir un sistema en el cual el poder residiera en los consejos de obreros y soldados. De esta manera, sus principales líderes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, realizaron una campaña para una segunda revolución. La izquierda radical fue un factor desestabilizador del gobierno de Ebert, el cual mostró su debilidad a la hora de tener que hacer uso no solo del ejército para la represión de las manifestaciones, sino también de los Freikorps, compuestos tanto por exsoldados como por estudiantes de extrema derecha enormemente radicalizados. El problema residía en que estos últimos no luchaban por la república, sino contra el bolchevismo, por lo que fue el propio gobierno quien brindó a estos paramilitares la oportunidad de continuar con la guerra, de luchar frente al enemigo interno que según su visión había hecho caer al imperio, y de cumplir su fantasía de venganza. En enero de 1919, los Freikorps llevaron a cabo toda una serie de represión anticomunista, la cual acabó con el asesinato de Liebknecht y Luxemburgo.<sup>95</sup>

Sin embargo, la inestabilidad no finalizó aquí, sino que se propagó a otros puntos de Alemania como Múnich, donde un consejo de obreros, soldados y campesinos proclamó la República Bávara Independiente bajo la guía de Kurt Eisner, a la cual le siguió la proclamación de la República Soviética de Baviera en abril de 1919, noticia que los bolcheviques rusos interpretaron como el inicio de una revolución comunista en toda Alemania. Sin embargo, ésta no iba a durar mucho, pues a principios de mayo fue derrocada tras la intervención de una amalgama de tropas regulares, Freikorps y demás voluntarios anticomunistas. Las consecuencias fueron la ejecución de 600 personas, muchas de ellas simples civiles, 2.200 condenas a muerte o a largas penas de prisión, y la conversión de Baviera y de Múnich en el bastión del nacionalismo y del antibolchevismo de la República de Weimar.<sup>96</sup>

---

<sup>94</sup> *Ibidem*, pp. 90-96.

<sup>95</sup> *Ibidem*, pp. 108-117.

<sup>96</sup> *Ibidem*, pp. 117-123.

No es casualidad que fuera aquí donde apareciera en 1919 el DAP (Partido Obrero Alemán), un partido nacionalista de extrema derecha que en febrero del 1920 cambió su nombre a NSDAP y del cual formaba parte un exsoldado del ejército alemán de origen austrohúngaro cuyo nombre era Adolf Hitler. Este tipo de organizaciones de extrema derecha también fueron un problema para el gobierno de Ebert, las cuales intentaron derribar al gobierno mediante golpes de Estado como el de Kapp en marzo de 1920, el cual fue finalmente derrotado gracias a una huelga general que fue apoyada por los dos partidos socialistas y por los sindicatos, hecho que la izquierda radical interpretó como una oportunidad para imponer sus intereses. El miedo a que la experiencia de Múnich se repitiera, obligó a Ebert a volver a hacer uso de los Freikorps y del ejército, el cual no dudó en abrir fuego frente los trabajadores en huelga.<sup>97</sup>

Adolf Hitler se había convertido en líder del NSDAP en 1921, un movimiento que pasó de 2.000 afiliados en 1921 a 20.000 en otoño de 1922, debido en parte a su mensaje extremista, nacionalista y en contra del gobierno en una época de crisis económica que caló muy bien entre la clase media y los campesinos propietarios. Así, el partido nazi (apodo que recibía el NSDAP) fue otro factor desestabilizador para la República de Weimar, una democracia débil cuyos grandes defensores pasaron de contar con el 80% de los escaños en enero de 1919 a un 44% en junio de 1920 y que recibía ataques tanto por la derecha como por la izquierda. La extrema derecha, liderada por Ludendorff y por su portavoz Adolf Hitler se mostró en 1923 favorable de una marcha sobre Berlín análoga a la realizada por Mussolini en Roma para establecer una dictadura nacional. Sin embargo, ésta -la cual tuvo lugar el 8 de noviembre de 1923- fracasó estrepitosamente, y acabó con sus ideólogos -entre los que se encontraba Adolf Hitler- en la cárcel. La democracia alemana, al contrario de la italiana que analizaremos en el siguiente capítulo, conservó el suficiente apoyo como para no derrumbarse.<sup>98</sup>

Al igual que en Alemania, el resto de los -en su mayoría recién formados- países del Centro y el Este europeo vivieron unos años de inestabilidad política. En Bulgaria, país que había quedado devastado por tantos años de guerra ininterrumpida, fue Stamboliski,

---

<sup>97</sup> Ibídem, pp. 156-158.

<sup>98</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los... op. cit.*, pp. 206-210. Véase también CASANOVA, J., *Europa contra Europa 1914-1945*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 90-102.; un buen análisis de la transición de la Alemania en guerra a la República, con un interesante tratamiento de las revoluciones y la represión en las que el país se vio inmerso en este periodo, de las tensiones entre socialdemócratas y comunistas, y de la figura de Adolf Hitler hasta su fallido *putsch* de Múnich en 1923.

un político corrupto, represivo y líder de la Unión Agraria quien asumió el poder.<sup>99</sup> Sin embargo, éste se ganó enemigo internos al poner en marcha una radical distribución de la tierra; de manera que en julio de 1922 los principales partidos socialdemócratas, liberales y conservadores crearon un bloque constitucional para hacerse con el poder.<sup>100</sup> A pesar de ello, la Unión Agraria ganó las elecciones de 1923, por lo que se llevó a cabo un golpe de Estado el 9 de junio de 1923 liderado por Cankov, quien puso fin a la experiencia parlamentaria e inició una época de violentos enfrentamientos entre rojos y blancos.<sup>101</sup>

Rumanía siguió con un débil parlamento y vivió una época de continua crisis interna debido a la incorporación de minorías étnicas y a una reforma agraria puesta en marcha ante el miedo al bolchevismo y el incremento del proletariado urbano. Finlandia instauró una democracia parlamentaria liderada por Kaarlo Juho Stahlberg -quien disponía de grandes poderes ejecutivos- tras su sangrienta guerra civil, después de la cual el objetivo pasó a ser el mantenimiento de la independencia frente a la vecina URSS. Checoslovaquia fue liderada en la inmediata posguerra por el demócrata Garrigue Masaryk, quien consiguió aislar a la izquierda pro-bolchevique, a los nacionalistas alemanes y a las fuerzas eslovacas que pretendía construir un estado independiente. Las tres Repúblicas Bálticas vivieron una época de inestabilidad democrática, la cual tuvo que contar siempre con el beneplácito de militares y grupos paramilitares nacionalistas. Y, por otro lado, Yugoslavia acabó imponiendo un sistema centralista<sup>102</sup>, pero el separatismo, las fuerzas probúlgaras en Macedonia y la heterogeneidad étnica supusieron un factor desestabilizador para el gobierno.<sup>103</sup> Sin embargo, a pesar de la evidente inestabilidad, las democracias llegaron vivas a 1923.

Polonia vivió una época de nacionalismo exacerbado liderado por el mariscal Jósef Pilsudski tras su independencia después de 128 años; sin embargo, su heterogeneidad étnica y los frecuentes cambios de gobierno no ayudaron a traer estabilidad al país, de manera que gran parte de la población comenzó a ver como incompetente al sistema democrático.<sup>104</sup> No obstante, no será hasta 1926 cuando Polonia abandone su deriva

---

<sup>99</sup> *Ibidem*, p. 184.

<sup>100</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 138- 140.

<sup>101</sup> *Ibidem*, pp. 140-143.

<sup>102</sup> Para la decisión de la estructura interna yugoslava se enfrentaron la postura del serbio Nikola Pašić, quien apostaba por un estado unitario que garantizara mejor los intereses serbios, y la del croata Ante Trumbić, quien aspiraba a un estado federal. (GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 190-191.)

<sup>103</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 185-189.

<sup>104</sup> *Ibidem*, pp. 190-191

democrática. Además, el país tuvo que hacer frente a los alemanes por el Oeste, a los lituanos por el Norte, a bielorrusos y ucranianos por el Este, y a checos y eslovacos por el Sur, destacando la victoria polaca frente a los ataques expansionistas del Ejército Rojo.<sup>105</sup>

El caso austriaco, igual que el alemán, contó con una revolución prácticamente pacífica, puesto que sus líderes, como el socialdemócrata Friedrich Adler, se oponían a una reforma al estilo bolchevique.<sup>106</sup> Austria mantuvo una inicial unidad política bajo los mandos del socialdemócrata Karl Renner, debido a las expectativas de unidad con Alemania; sin embargo, tras la negativa por parte de los Aliados, comenzó una triple división entre socialistas, socialcristianos y nacionalistas alemanes.<sup>107</sup>

Hungría fue diferente al resto de casos. Tras la guerra y la independencia tomó el poder un gobierno de coalición liderado por el liberal Mihály Károlyi e integrado por liberales y socialdemócratas; sin embargo, éste no fue capaz de solucionar el problema de la reforma agraria en un país dominado por una nobleza latifundista con grandes privilegios.<sup>108</sup> No obstante, la gota que colmó el vaso fue la entrega de gran parte de suelo húngaro a Rumanía en la Conferencia de París, situación que provocó la dimisión de Károlyi el 21 de marzo de 1919 y el establecimiento de un gobierno de coalición formado por los socialdemócratas y Béla Kun, un comunista que poco antes había sido arrestado por sus enfrentamientos frente a las tropas fieles al gobierno.<sup>109</sup>

Sin embargo, Kun proclamó al día siguiente la República Soviética Húngara, tras el cual inició una ola de terror ojo. A pesar de ello, el gobierno de Kun no contaba con apoyos a nivel internacional y los internos descendían cada vez más. Así, el 30 de mayo de 1919 las fuerzas anticomunistas crearon un gobierno contrarrevolucionario en la ciudad de Szeged, apoyado por el recién formado Ejército Nacional, el cual se encontraba liderado por el héroe de la Gran Guerra Miklós Horthy e integrado por oficiales y campesinos que se oponían a las requisiciones forzosas que habían iniciado los comunistas. No obstante, el gobierno de Kun no cayó por obra del Ejército Nacional de Horthy, sino debido a la intervención del ejército rumano y del ejército checo a mitad de abril de 1919, tras la cual Kun se refugió en Austria, y después en la Unión Soviética,

<sup>105</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 184-187.

<sup>106</sup> *Ibídem*, pp. 100-101

<sup>107</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 192.

<sup>108</sup> *Ibídem*, p. 193.

<sup>109</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 124.

donde finalmente moriría a causa de las purgas estalinistas. Las tropas rumanas se retiraron en otoño, lo que se presentó a los ojos de las fuerzas contrarrevolucionarias de Horthy como una oportunidad para hacerse con el poder, hecho que se materializó con la entrada de éste en Budapest el 16 de noviembre, iniciando entonces una ola de terror blanco que se cobró la vida de 5.000 individuos dirigida a los partidarios de la izquierda y a los judíos.<sup>110</sup>

A pesar de las oleadas de huelgas, insurrecciones, enfrentamientos, etc. que vivió Europa entre 1918 y 1923, el bolchevismo solo triunfó -aparte de en Rusia- en Hungría por un breve tiempo. Sin embargo, como hemos visto, éste fue derrotado para dar lugar al régimen de Horthy, el cual fue interpretado como una anomalía dentro de una Europa democratizada, como un último suspiro del feudalismo.<sup>111</sup> En el resto del continente triunfó la democracia parlamentaria, produciéndose entonces el nacimiento de toda una serie de constituciones inspiradas en la francesa, la estadounidense, la inglesa y la suiza.<sup>112</sup> El resultado fue una ampliación de la base política de la sociedad y una expansión del derecho a voto (en algunos países incluidas las mujeres); sin embargo, como hemos visto, la democracia no fue un sistema estable.<sup>113</sup>

Si la Hungría de Horthy parecía una reminiscencia del feudalismo, la otra cara de la moneda era la URSS. Sin embargo, a pesar de los intentos tanto del propio Ejército Rojo como de los distintos partidos comunistas europeos, la revolución no pudo ser exportada más allá de las fronteras rusas. Esto se debe a que las condiciones que se habían dado en Rusia eran diferentes a las del resto de Europa, pues el sistema zarista solamente se había visto mínimamente constitucionalizado a principios del siglo XX. En Rusia no existía ningún marco representativo político que pudiera haber llevado a una reforma gradual del régimen; además, el país estaba formado en un 80% por un campesinado que frecuentemente vivía bajo condiciones de servidumbre y que no tenía acceso a la propiedad, por lo que miraba al Estado con hostilidad. Tampoco había una clase media fuerte ni un potente proletariado, pero sí una *intelligentsia*<sup>114</sup> radicalizada debido a la represión que sufría la disidencia. Además, en el momento en el que estalló la revolución,

---

<sup>110</sup> *Ibídem*, pp. 124-130.

<sup>111</sup> MAZOWER, M., *La Europa negra...* op. cit., pp. 27-28.

<sup>112</sup> *Ibídem*, p. 21.

<sup>113</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 181.

<sup>114</sup> La *intelligentsia* fue una oposición compuesta por estudiantes, escritores, profesionales, intelectuales y élites educadas, una especie de subcultura que trataba explotar cualquier rastro de descontento popular para conquistar el poder. (CASANOVA, J., *La venganza...*, op. cit., pp. 28-29.)

el país se encontraba sumido en una guerra mundial que no hizo más que acrecentar la crisis económica, social y política. Es decir, Rusia contaba con unas condiciones propicias para la revolución, unas condiciones que no existían en ningún otra parte.<sup>115</sup>

Así, tras una oleada de revolución y de «terror rojo» que se cobró la vida de cinco personas en Austria, 200 en Alemania y entre 400 y 500 en Hungría; se impuso la contrarrevolución, cuyas víctimas superaron a las anteriores, calculándose para el «terror blanco» 850 en Austria, 606 en Alemania tan solo tras el episodio de la República Soviética de Baviera y 1.500 en Hungría tras la caída del régimen de Béla Kun.<sup>116</sup>

Muy relacionado con la violencia antibolchevique estuvo el antisemitismo, el cual no era más que un nuevo término para referirse a un viejo fenómeno: el odio a los judíos, un odio presente tanto en países católicos, como protestantes, como ortodoxos. Sin embargo, este antiguo odio contó con rasgos modernos, pues si antes se contemplaba la conversión al cristianismo ahora se estaba avanzando hacia la destrucción debido en parte a la eugenésica y al darwinismo social. Sin embargo, el impacto del antisemitismo anterior a la guerra fue limitado políticamente hablando a pesar de los pogromos que se llevaban por delante a millares de judíos en Rusia, Polonia, Ucrania, Rumanía, y otros muchos países de la Europa oriental.<sup>117</sup>

Esta violencia siguió durante la guerra, de manera que los judíos muertos empezaron a contarse en centenares a medida que las tropas de ocupación iban avanzando, siendo los saqueos, las violaciones, las aldeas arrasadas, las propiedades confiscadas y los judíos tomados como rehenes fenómenos habituales.<sup>118</sup> A su vez, la población católica comenzó a acusar a la población hebrea de no prestar el servicio militar ni contribuir al sustento de la guerra.<sup>119</sup>

El odio a los judíos fue -en palabras de Ian Kershaw- «camaleónico», y a la vez que se les identificaba como explotadores de la clase trabajadora, asesinos de Cristo, holgazanes que eludían sus responsabilidades militares... a partir de 1917 un nuevo ingrediente se añadió a la ecuación: los hebreos como origen de la revolución y del bolchevismo. No es

---

<sup>115</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 170-171.

<sup>116</sup> *Ibídem*, pp. 162-163.

<sup>117</sup> *Ibídem*, pp. 49-50.

<sup>118</sup> *Ibídem*, p. 86.

<sup>119</sup> *Ibídem*, p.116.

coincidencia que los Protocolos de Sión<sup>120</sup> sufrieran una enorme difusión a partir de la Revolución Rusa. De hecho, el propio Winston Churchill escribió en 1920 un artículo en el cual atribuía la culpa de las revoluciones que estaban azotando a Europa a los hebreos.<sup>121</sup>

Los antibolcheviques vieron que los judíos desempeñaban un destacado papel en muchos de los movimientos revolucionarios, como podría ser el caso de Trotski, Béla Kun, Victor Adler y Rosa Luxemburgo, algo que interpretaron como una confirmación de sus ilusiones.<sup>122</sup> Además, el hecho de que Lenin hablara de emancipación provocó que muchos judíos entraran a formar parte del Ejército Rojo, la Cheká y el Partido<sup>123</sup> y los que no lo hicieron, abrazaron la revolución como sinónimo de libertad.

Además, los judíos, que no contaban con una patria en el viejo continente, se vieron de repente, como veremos a continuación, en una nueva Europa fundada bajo el principio de la homogeneidad étnica. Así, esta condición de minoría étnica y su identificación con el bolchevismo provocaron que tras la Gran Guerra los hebreos fueran las principales víctimas del paramilitarismo contrarrevolucionario, el cual apelaba a antiguos estereotipos como el de «la traición judía».<sup>124</sup>

Por otro lado, la caída de los Imperios Centrales supuso la formación de una nueva Europa fundada bajo los principios de la democracia y el nacionalismo, un nacionalismo basado a su vez en el principio de autodeterminación que trajo consigo sangre, enfrentamientos y guerras civiles. Nueve nuevos estados-nación surgieron en Europa tras la Gran Guerra<sup>125</sup>, unos estados-nación fundados a partir de la idea de la homogeneidad étnica, donde la «nación» se identificó con el «pueblo», de manera que la presencia de

---

<sup>120</sup> Los *Protocolos de los sabios Sión* fueron una falsoedad concebida por la policía zarista que tenían como objetivo demostrar la realidad de una conspiración judía para hacerse con el control del mundo. (KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 125). Véase también GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 134: El texto fue traducido a varias lenguas a partir de 1919, y a pesar de que en 1921 se demostrara su falsedad, no provocó el fin de su impacto en la mentalidad contrarrevolucionaria.

<sup>121</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 133.

<sup>122</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 161.

<sup>123</sup> GERWARTH R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 80.

<sup>124</sup> *Ibidem*, pp. 134-146.

<sup>125</sup> En realidad, las potencias aliadas, con Wilson a la cabeza, pensaban en una Austria-Hungría federal, algo que chocaba con la promesa de independencia plena que se había hecho a Polonia. Sin embargo, los distintos pueblos que integraban el imperio no tenían otra aspiración más que la independencia (GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 173-174.).

otros grupos étnicos se interpretó como un defecto, peligro o quinta columna (al igual que en el caso de los judíos y la revolución) por aquellos defensores de la autodeterminación nacional. De esta manera, surgieron las minorías como fuente de problemas políticos y sociales.<sup>126</sup> En palabras de Enzo Traverso «los tratados de paz firmados al final de la Gran Guerra nacionalizaron países cuya identidad misma provenía de su diversidad»,<sup>127</sup> dando lugar a unas democracias excluyentes.<sup>128</sup>

Este odio entre razas no fue algo nuevo de la posguerra, sino que existen testimonios que indican la presencia de éste ya durante el conflicto. A comienzos de 1915, Adolf Hitler, un soldado alemán, escribió a un conocido diciéndole que «los sacrificios en el frente iban a merecer la pena si con ellos se conseguía una patria más pura y limpia de extranjeros»; y de la misma manera, los oficiales austriacos de lengua alemana menospreciaban a los soldados de diferente origen.<sup>129</sup>

El problema de las minorías intentó ser solucionado por parte de las potencias aliadas otorgándoles la protección del Derecho Internacional, de manera que cada gobierno tuvo que firmar un tratado que garantizara los derechos de éstas como condición de su reconocimiento; sin embargo, esto no consiguió frenar la discriminación y la hostilidad hacia éstas.<sup>130</sup> De hecho, este factor étnico fue otra fuente de la cual bebió el paramilitarismo de posguerra, dando lugar a una violencia en defensa de las minorías como sustituto de la soberanía nacional, o en contra de las mismas como forma para afianzar el nuevo orden ante lo que se percibía como un peligro para la nueva comunidad nacional.<sup>131</sup> Es preciso comentar que esta violencia de sesgo étnico no se limitó al continente europeo, sino que también salpicó a Oriente Medio, donde las exposiciones

---

<sup>126</sup> MAZOWER, M., *La Europa negra...* op. cit., p. 57.

<sup>127</sup> TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., pp. 111. Véase también GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 170: según el censo oficial [del Imperio Austrohúngaro] de 1910, la lengua materna del 23% de la población era el alemán, el 20% hablaba húngaro, el 16% checo o eslovaco, el 10% polaco, el 9% serbio, croata o bosnio, el 8% ucraniano, el 6% rumano, el 2% esloveno, el 1,5% italiano, y aún faltaban 2'3 millones de personas que hablaban otro idioma.

<sup>128</sup> MAZOWER, M., *La Europa negra...* op. cit., p. 58.

<sup>129</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 108-114.

<sup>130</sup> MAZOWER, M., *La Europa negra...* op. cit., pp. 58-72. Véase también GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 213: Según estos tratados los nuevos estados debían garantizar a los grupos minoritarios los derechos de organización política y de representación, el uso de la lengua materna en tribunales y escuelas, así como el pago de compensaciones por las transferencias de la propiedad de la tierra.

<sup>131</sup> GERWARTH, R., & HORNE, J., “Vectors of Violence: Paramilitarism...”, op. cit., pp. 12-15.

ottomanas que ahora habían pasado a dominio británico y francés iniciaron una serie de protestas anticolonialistas violentas.<sup>132</sup>

Ninguno de los nuevos estados era étnicamente homogéneo, con la excepción de lo poco que había quedado de Austria, de manera que tres millones y medio de húngaros acabaron viviendo fuera de Hungría, sobre todo en Rumanía, al igual que tres millones de alemanes acabaron viviendo en Checoslovaquia, donde suponían un 25% del total de la población, más aún que los propios eslovacos.<sup>133</sup> Estas minorías fueron percibidas como quintas columnas de los estados vecinos o del propio bolchevismo, por lo que las promesas enunciadas en los tratados de respeto a las minorías no fueron respetadas, dando rienda suelta a una hostilidad hacia ellas amparada por el Estado.<sup>134</sup> Así, las matanzas fueron un modo común de afrontar el problemas de las minorías, destacando los pogromos antijudíos comentados con anterioridad y el exterminio del pueblo armenio por parte del pueblo turco durante la Gran Guerra.<sup>135</sup>

La formación de las nuevas fronteras contó con cierta dosis de artificialidad, pues las potencias vencedoras en la guerra quisieron premiar a los países considerados «aliados» en detrimento de sus adversarios durante la guerra.<sup>136</sup> De esta manera, Alemania, Austria y Hungría fueron los países más castigados en oposición a, por ejemplo, Rumania, país que dobló su tamaño en gran parte a costa de Hungría.<sup>137</sup> El caso más significativo fue el de la negativa francesa en 1918-1919 a que Alemania y Austria se unieran pese a los deseos de la mayoría de la población austriaca, hecho que demostró que la autodeterminación no iba a ser otorgada si ésta iba en contra de los intereses franco-británicos, como es el caso de las colonias.<sup>138</sup>

Por otro lado, la formación de una nueva Europa trajo consigo disputas entre diferentes estados por la consecución de territorios fronterizos, de manera que, apelando al principio

---

<sup>132</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 141.

<sup>133</sup> *Ibídem*, p. 174.

<sup>134</sup> MAZOWER, M., *La Europa negra...* op. cit., p. 76.

<sup>135</sup> *Ibídem*, p. 79. Para el genocidio armenio véase también TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., pp. 106-107: Los armenios fueron acusados de estar aliados con el enemigo ruso debido a su condición de cristianos. Las formas de su exterminio fueron arcaicas, sin embargo, son un claro ejemplo de una guerra total que no distinguirá a soldados de civiles.

<sup>136</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 175.

<sup>137</sup> *Ibídem*.

<sup>138</sup> MAZOWER, M., *La Europa negra...* op. cit., p. 84.

de la autodeterminación y a la raza, éstos pretendieron engrandecer sus territorios, siendo la consecución de zonas con recursos naturales de vital importancia, como la zona de la Alta Silesia, rica en carbón, pretendida tanto por Varsovia como por Berlín.<sup>139</sup>

Es el caso por ejemplo de la guerra entre Ucrania y Polonia por la anexión de la Galicia de los Cárpatos, la cual se saldó con la victoria polaca.<sup>140</sup> Sin embargo, la derrota del enemigo no fue la única solución, sino que, por ejemplo, el Ducado de Teschen fue dividido entre Checoslovaquia y Polonia tras una guerra en la cual ninguno de los dos países pudo proclamarse vencedor.<sup>141</sup> A su vez, otro método de asignación fue la del referéndum, siendo este el caso de la asignación de Carintia -territorio pretendido tanto por austriacos como por yugoslavos- a Austria.<sup>142</sup> A su vez, la recién creada Sociedad de Naciones también contó con ciertos éxitos pacíficos, como es la resolución del enfrentamiento entre Suecia y Finlandia por las Islas Aland en 1921, tras el cual las islas siguieron siendo fincas pero los suecos que allí habitaban lograron una alto grado de autonomía administrativa.<sup>143</sup> De esta manera nació el concepto de «victoria en la derrota», pues la consecución de estos territorios, fuera de la manera que fuera, permitió a los distintos estados recuperar el prestigio y el orgullo nacional perdido tras la Gran Guerra.

En cuanto a esta victoria en la derrota, el caso más paradigmático fue la Guerra greco-turca. En 1918, el para entonces Primer Ministro griego Venizelos, movido por la euforia que había provocado la victoria en la guerra, trató de restaurar el antiguo imperio griego en el Mediterráneo, ocupando para ello Esmirna y otras zonas de Anatolia occidental, la cual, a pesar del aumento de población griega-ortodoxa que había habido durante el siglo XIX, se encontraba mayoritariamente ocupada por musulmanes. Las fuerzas griegas llevaron a cabo entonces una fuerte represión sobre la población musulmana, represión que tuvo el efecto de unir y radicalizar a la población turca.<sup>144</sup>

Los turcos vieron ante sí la posibilidad de dejar en el pasado la humillación sufrida en la Gran Guerra, y unidos en torno a Mustafá Kemal, un héroe de guerra nacionalista que consiguió hacerse con el poder a finales de 1919, consiguieron vencer la guerra. Fue

---

<sup>139</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 175.

<sup>140</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 183.

<sup>141</sup> *Ibídem*, p. 187.

<sup>142</sup> *Ibídem*, p. 189.

<sup>143</sup> MAZOWER, M., *La Europa negra...* op. cit., p. 78.

<sup>144</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 225-228.

entonces cuando los verdugos se convirtieron en víctimas y viceversa, produciéndose una masacre de población cristiana.<sup>145</sup>

El conflicto finalizó con la firma del Tratado de Lausana en 1923 -fecha que historiadores como Robert Gerwarth interpretan como la llegada de cierta paz y estabilidad al continente-, por el cual, más de un millón de griegos de Turquía fueron obligados a cruzar el Egeo en dirección a Grecia (aunque la gran mayoría de ellos ya habían huido de Anatolia debido a la represión y la hostilidad turca) y 360.000 turcos de Grecia realizaron el camino opuesto.<sup>146</sup>

Así, la Europa que los Aliados habían pensado crear bajo una autodeterminación que fuera de la mano del respeto de las minorías, acabó integrada por una gran cantidad de población sin patria que huía de las hostilidades propiciadas por otros grupos étnicos y que no tenía lugar en un nuevo sistema basado en los estados-nación, a los que habría que añadir a los apátridas que huían de guerras civiles y revoluciones. De esta manera, alrededor de un millón de alemanes fue expulsado de los territorios del antiguo Imperio prusiano, Hungría recibió cientos de miles de compatriotas provenientes de diferentes partes del eximperio austrohúngaro y dos millones de rusos y ucranianos abandonaron el eximperio zarista a causa de la Guerra Civil Rusa. A estas personas se les abría un futuro incierto, peligroso y oscuro, pues en palabras de Enzo Traverso «los apátridas no solamente han perdido una patria, sino que ya no están en condiciones de obtener una nueva».<sup>147</sup> A pesar de lo que los países vencedores habían pretendido, la paz solo sería posible en países donde no existieran minorías, por lo que los tratados de respeto de 1919 acabaron dejando su lugar a los trasladados de población de 1923.

---

<sup>145</sup> *Ibídem*, pp. 228-235.

<sup>146</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 158.

<sup>147</sup> TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., pp. 107-108.

### 3.- VENCEDORES.

Los objetivos bélicos de París y Londres se vieron cumplidos en 1918 y tras los tratados de paz, por lo que los esfuerzos económicos, materiales y humanos sufridos durante cuatro años de guerra se vieron recompensados. Esta es la tesis utilizada por Robert Gerwarth para explicar que ninguno de estos dos países tuviera que hacer frente a la experiencia de la derrota, lo que a su vez provocó que no vivieran casos de violencia en la inmediata posguerra de la magnitud que hemos visto en el capítulo anterior.<sup>148</sup>

Sin embargo, a pesar de que la amenaza comunista no era real, ambos países estuvieron obsesionados por un posible contagio revolucionario, un miedo a la revolución que llegó incluso a Estados Unidos, pues entre 1919 y 1920 el país se vio sacudido por una serie de atentados llevados a cabo por anarquistas italoamericanos.<sup>149</sup>

En la primavera de 1917 estallaron en Francia toda una serie de huelgas por la demanda de un aumento salarial y el fin de la guerra, una situación que vino acompañada de amotinamientos en el ejército; sin embargo, no se trataba de una situación análoga a la rusa. Ya con la guerra ganada, en 1920, Francia volvió a ser paralizada por una serie de huelgas, siendo entonces palpable el miedo al bolchevismo, algo que se acrecentó con el nacimiento del Partido Comunista Francés en diciembre del mismo año, una amenaza que se sumaba al temor de un intento de revancha alemán.<sup>150</sup> Sin embargo, la situación no pasó de esta serie de huelgas.

Gran Bretaña -país en el que más huelgas se produjeron durante la contienda después de Rusia-<sup>151</sup> vivió en los años veinte un serie de agitaciones sindicales, las cuales alcanzarían su máxima expresión en 1926; sin embargo, se trató de actos con una connotación económica y no política-revolucionaria (algo que solo sostenía el débil Partido Comunista Británico), lo que no impidió que el comunismo fuera el mayor miedo de la sociedad británica durante la posguerra.<sup>152</sup> Además, la situación de los soldados que volvieron a Gran Bretaña fue mucho mejor que la de los soldados de los Imperios

---

<sup>148</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. XXIII.

<sup>149</sup> *Ibídem*, pp. 145-147.

<sup>150</sup> *Ibídem*, p. 146.

<sup>151</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 124.

<sup>152</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 146-147.

Centrales, pues fueron recibidos como héroes en Londres; y asimismo, encontraron un país reconocible, no sumido en el caos y destruido.<sup>153</sup>

No obstante, Gran Bretaña vivió episodios de enorme violencia entre 1919 y 1923 durante la lucha por la independencia de Irlanda (la cual fue apoyada por los alemanes durante el conflicto como factor desestabilizador), episodio en el cual tuvieron lugar matanzas, paramilitares británicos brutalizados (los *Blanck and Tans*) y una sangrienta guerra civil entre 1922 y 1923. Esta violencia enfrentó al Ejército Republicano Irlandés (IRA) y a los *Blanck and Tans*, los cuales estaban integrados por unos 9.000 excombatientes y por 2.200 antiguos oficiales que acabaron constituyendo la División Auxiliar de la Real Policía Irlandesa y cometiendo todo tipo de atrocidades tales como torturas, ejecuciones, violaciones y quema de casas. Sin embargo, Irlanda fue una excepción dentro de la Europa noroccidental y dentro de la propia Gran Bretaña, la cual reservó su violencia represiva para las colonias.<sup>154</sup>

Italia fue la excepción dentro del bloque de los vencedores, pues a pesar de estar en el lado de la Entente no sentía la sensación de haber ganado la guerra. En 1915, Italia había recibido numerosas promesas por parte de los aliados para que entrara en guerra contra los Imperios Centrales, entre las que destacaban anexiones territoriales tales como las islas del Dodecaneso, un protectorado sobre Albania, el Trentino, el Tirol Sur, zonas de Dalmacia entre las cuales se encontraba Trieste, y Fiume (actual Rijeka). Sin embargo, a la hora de realizar estas promesas, las potencias aliadas no pensaban que tres años después fuera a nacer una Yugoslavia independiente, la cual reivindicó Fiume a final de la guerra.<sup>155</sup>

Italia debía justificar el esfuerzo sufrido durante años de conflicto que habían acabado con la muerte de 600.000 soldados italianos, y no había mejor forma para hacerlo que juntando bajo un mismo estado todos aquellos territorios que se encontraban habitados por italianos, dando lugar por fin al soñado durante años Imperio Italiano. Sin embargo, las aspiraciones territoriales italianas no fueron apoyadas por el presidente estadounidense Wilson, quien realizó una declaración para que Italia renunciara a sus reivindicaciones territoriales. Esta declaración no hizo más que exacerbar el nacionalismo italiano siendo el poeta D'Annuzio -quien dio lugar al término de «*vittoria mutilata*»

---

<sup>153</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 149.

<sup>154</sup> *Ibídem*, pp. 156-157.

<sup>155</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 217.

(victoria mutilada) para referirse al mal sabor de boca que había dejado la guerra a Italia a pesar de su victoria final- una figura clave de este nacionalismo antiamericano. D'Annuzio decidió pasar a la acción ante la negativa internacional, de manera que el 11 se septiembre comenzó su famosa «marcha sobre Fiume». D'Annuzio fue seguido de doscientos soldados, los cuales se convirtieron en dos mil, la mayoría de ellos «*exarditi*»<sup>156</sup>, cuando finalmente llegó a Fiume y fundó la Regencia de Carnaro. Sin embargo, las fuerzas italianas intervinieron en diciembre de 1920 tras la firma del Tratado de Rapallo con Yugoslavia, arrestando a D'Annuzio y a sus seguidores y convirtiendo Fiume en un estado libre. A pesar de ello Fiume y D'Annuzio no fueron solo una anécdota, sino que influyeron notablemente en el fascismo de Mussolini que veremos a continuación.<sup>157</sup>

Durante el conflicto, a la altura de 1917, ya habían tenido lugar toda una serie de protestas debido a la falta de alimento y en contra de seguir con la guerra, y finalmente, Italia salió del conflicto profundamente dividida, una división que en cierto modo continuaba la producida entre 1914 y 1915 entre intervencionistas y neutralistas<sup>158</sup> y que se había visto acrecentada debido a la decisión de Vittorio Emanuele Orlando -Presidente del Consejo de Ministros- a finales de 1917 de incrementar la censura, criminalizando así a los «enemigos internos» del país: pacifistas, socialistas y sindicalistas. A esta división se le sumó la situación de déficit público y de inflación.<sup>159</sup>

Tras la guerra, el Partido Socialista -que había adoptado el bolchevismo como programa- obtuvo un tercio de los votos en las elecciones de 1919, convirtiéndose en la fuerza más votada de la cámara.<sup>160</sup> Esto se debió en gran parte a que con el fin del conflicto todos los varones adultos consiguieron el voto; sin embargo, esta decisión no consiguió el objetivo de lograr un mayor apoyo al gobierno, sino que la población italiana

---

<sup>156</sup> Los *arditi* fueron tropas de asalto creadas en 1917 por el ejército italiano con el fin realizar las operaciones militares más peligrosas y de aterrorizar al enemigo. Tras la guerra, los *arditi* no depusieron sus armas, presentando dificultades para reintegrarse en la guerra civil y convirtiéndose en uno de los mitos fundadores del *squadristo* a la vez que se mostraban como el antílope del «hombre nuevo» fascista. (TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., p. 157.)

<sup>157</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 217-222.

<sup>158</sup> En cuanto a la entrada en guerra, Italia vivió un acalorado debate entre intervencionistas -facción que integraba a nacionalistas, demócratas y parte de los socialistas- y neutralistas -la mayor parte de los socialistas-. (GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., p. 219.)

<sup>159</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti...*, op. cit., pp. 148-149.

<sup>160</sup> *Ibíd*em, p. 150.

dio la espalda a los viejos partidos liberales decantándose por el socialismo y por el catolicismo que representaba el Partido Popular Italiano.<sup>161</sup>

Durante 1919 y 1920 Italia se vio sumida en un caos social de tal magnitud que dicho periodo pasó a denominarse el «Biennio rosso» («Bienio Rojo»), teniendo lugar más de 1.500 huelgas cada año, ocupaciones de fábricas, saqueos y ocupaciones de tierras, lo que hizo que aumentara el miedo de las clases de orden a la revolución y al socialismo. En medio de esta situación de miedo, de angustia y de caos político que no supieron frenar los partidos tradicionales, aparecieron diversos grupos paramilitares autodenominados «*Fasci*», los cuales atrajeron a excombatientes de clase media-baja y a estudiantes, quienes opinaban que el esfuerzo bélico del país había sido maltratado por la clase política.<sup>162</sup>

Unos de estos *Fasci* fueron los *Fasci di Combattimento* fundados en 1919 por Benito Mussolini, un antiguo socialista que había roto con la izquierda por defender la intervención en la guerra y que veía en ésta una forma de vida heroica. Estos *Fasci* ofrecían un cambio revolucionario, una «transformación radical de los fundamentos políticos y económicos de la vida colectiva». Sin embargo, su programa iba a ser readaptado según evolucionara la política italiana, pues en palabras de Ian Kershaw «los principios no significaban nada para él, el poder lo era todo». Así, el primigenio apoyo de Mussolini a las huelgas obreras acabó dando paso en 1920 a la represión de éstas por parte de las escuadras paramilitares fascistas, los llamados «*squadristi*». Mussolini sabía que si quería llegar al poder tenía que ganarse a los terratenientes, a los industriales y a la clase media, oponiéndose por tanto al movimiento obrero. Así, el movimiento fascista se convirtió en una fuerza al servicio de las élites políticas y económicas italianas ante la incapacidad de los políticos liberales de frenar a la izquierda revolucionaria, las cuales les proporcionaron tanto dinero como armas para el ejercicio de su violencia.<sup>163</sup>

En 1921, el Primer Ministro Giovanni Giolitti integró a fascistas, nacionalistas, liberales y agraristas en un «bloque nacional» para debilitar a socialistas y populares. Su estrategia dio resultado, pues obtuvieron la mayoría de los votos en todas las partes, pero la inestabilidad política continúo, pues ni socialistas ni populares acabaron suficientemente derrotados. Por otro lado, Giolitti tampoco consiguió domar a los

---

<sup>161</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., p. 196.

<sup>162</sup> Ibídem, pp. 196-198.

<sup>163</sup> Ibídem, pp. 198-199.

fascistas, pues a pesar de contar tan solo con 35 escaños (siendo el total 535), el movimiento pasó de 870 miembros a finales de 1919 a 200.000.<sup>164</sup>

Fue en las zonas rurales más desarrolladas desde el punto de vista comercial de la Italia central donde se produjo el avance definitivo del fascismo, pues los terratenientes comenzaron a contratar a fascistas para que aterrorizaran e increparan a sus adversarios, de manera que estas antiguas «provincias rojas» se convirtieron en «feudos fascistas». De hecho, fue tal la represión antisocialista que ejercieron estos *squadristi* que Mussolini trató de rebajarla; sin embargo, esto produjo que los jerarcas fascistas regionales se sublevaran, provocando así la dimisión del Mussolini, el cual no fue restituido hasta que no cedió ante esta facción radical. Finalmente, en octubre de 1921 se fundó el Partido Nacional Fascista, el cual comenzó a integrar a una clase media cada vez más desencantada con el gobierno liberal, de manera que en mayo de 1922 contó con 300.000 afiliados, dando lugar a un grupo heterogéneo que supo ganarse las simpatías de las élites locales, policía y jueces.<sup>165</sup>

Llegados a este punto, Mussolini cambió otro de sus principios ideológicos, diciendo que no pretendía abolir la monarquía, una estrategia que le dio resultados cuando fracasó el último intento por parte de los liberales de formar gobierno y el rey invitó Mussolini a ocupar el cargo de primer ministro. Así, la «Marcha sobre Roma» del 28 de octubre no fue nada de eso, pues el fascismo alcanzó la jefatura del gobierno siguiendo la vía constitucional. Tras esto, el partido siguió aumentando, de manera que a finales de 1923 contaba ya con 780.000 miembros.<sup>166</sup>

La doble estrategia de Mussolini, en la que aunó legalismo político y violencia en la calle funcionó. Pero, además, para que el fascismo triunfara en Italia -al igual que el comunismo en Rusia- fue preciso que se dieran ciertas condiciones como la existencia de un sistema liberal en crisis que se agravó tras la guerra, el impacto de un conflicto que trajo consigo la percepción de una victoria mutilada, de que Italia había sido traicionada tanto por la oligarquía política como por sus antiguos aliados internacionales, por lo que el sacrificio realizado no había valido la pena, y la sensación de amenaza revolucionaria. Sin embargo, todo esto no habría valido sin el apoyo de las élites dirigentes, las cuales entregaron el poder a Mussolini debido al terror que tenían ante el socialismo. Hitler no

---

<sup>164</sup> *Ibidem*, pp. 199-200.

<sup>165</sup> *Ibidem*, pp. 200-201.

<sup>166</sup> *Ibidem*, pp. 201-202.

consiguió el poder en 1923 porque en Alemania, donde existía una fuerte tradición parlamentaria, no como en Italia, los partidos demócratas, de centro y liberales supieron conservar una amplia base, por lo que las élites de orden no tuvieron que hacer uso político de extremos para frenar a un socialismo, que, además, en el caso alemán, no había se había sumado en masa al bolchevismo. Además, los jefes del ejército alemanes apoyaron al Estado en 1923, no como en el caso de italiano.<sup>167</sup>

Así, vemos como la democracia fue estable y mayoritariamente aceptada únicamente en los países de la Europa noroccidental que habían salido vencedores de la guerra (Francia y Gran Bretaña) o en algunos de aquellos que habían permanecido neutrales (como los países escandinavos, Suiza, Holanda y Bélgica),<sup>168</sup> pues España, a pesar de su neutralidad, acabó derivando en un régimen autoritario de corte contrarrevolucionario de la mano del General Primo de Rivera, tras una época de crisis e inestabilidad política y social entre 1917 y 1923.<sup>169</sup>

---

<sup>167</sup> *Ibidem*, pp. 204-211.

<sup>168</sup> *Ibidem*, p. 183.

<sup>169</sup> GERWARTH, R., *La rabbia dei vinti..., op. cit.*, pp. 144-145.

#### **4.- EPÍLOGO: ¿GUERRA CIVIL EUROPEA?**

Como hemos comentado con anterioridad, autores como Robert Gerwarth reconocen 1923, y más concretamente la firma del Tratado de Lausana, como la llegada de cierta paz y estabilidad al continente, situación que se ratificó con actos como el Plan Dawes de 1924, la firma del Tratado de Locarno en 1925, el Pacto Briand-Kellog de 1928, etc. Sin embargo, la crisis económica de 1929 trajo consigo una crisis de las democracias, de manera que a comienzos de la Segunda Guerra Mundial casi todos los nuevos países que habían adoptado un sistema democrático en 1918 habían derivado en un sistema autoritario; todo ello con una nueva explosión de violencia llevada a cabo en muchas ocasiones por organizaciones paramilitares. De los estados salidos tras la Primera Guerra Mundial, los únicos que conservaban un sistema democrático a finales de los años 30 eran Checoslovaquia y Finlandia; sin embargo, estos acabaron siendo dominados por la Alemania nazi y por la URSS respectivamente.<sup>170</sup>

Así, la crisis económica lanzó otra vez a escena unos problemas que no habían quedado cerrados en 1923 como la violencia étnica, el nacionalismo exacerbado, el expansionismo, la no aceptación de los tratados de paz, el ataque a las democracias parlamentarias tanto por la izquierda como por la derecha, la sensación de traición por parte de la clase política y de ciertos «enemigos internos» etc., los cuales dieron lugar a un nuevo ciclo de violencia cuyos protagonistas fueron en ocasiones los mismos que había tenido el periodo que abarca desde el año 1917 hasta 1923. No obstante, el periodo que se abre en los años 30 y que finaliza en 1945 también contó con diferencias conforme al periodo ya estudiado, pues por ejemplo en Alemania los antiguos verdugos de los Freikorps se convirtieron en víctimas de «la Noche de los cuchillos largos» en 1934.<sup>171</sup>

Esta cierta continuación entre 1914 y 1945 es lo que ha llevado a autores como Enzo Traverso a hablar de una «guerra civil europea», un término que «no designa un acontecimiento ni una tendencia secular, sino precisamente un ciclo en el cual una cadena de acontecimientos catastróficos -crisis, conflictos, guerras, revoluciones- condensa una mutación histórica cuyas premisas se acumularon, en el tiempo largo, a lo largo del siglo anterior». Es decir, Traverso engloba así una treintena de años de crisis, guerras y revoluciones producidas por una serie de cambios estructurales -como la política de masas y la democratización- construidos a lo largo del tiempo, pero precipitados y condensados

---

<sup>170</sup> *Ibidem*, pp. 245-250.

<sup>171</sup> *Ibidem*, pp. 254-256.

debido a la guerra de 1914, siendo el resultado una guerra civil donde se desecharía todo principio humano, donde se lucharía no por la ley sino por convicciones que se han de defender hasta el final, donde la justicia se pondría al servicio del conflicto y donde no cabría posibilidad de paz justa, sino que se lucharía por la destrucción del enemigo, el cual no debería perder únicamente la vida, sino también su dignidad.<sup>172</sup>

Por último, y a modo de recapitulación, sería pertinente hacer referencia a los cuatro ingredientes que Ian Kershaw establece como esenciales en esta guerra civil europea: la explosión del nacionalismo étnico-racista, las exigencias del revisionismo territorial, la agudización de los conflictos de clase tras la revolución bolchevique y la crisis del capitalismo. Los dos primeros ya estaban presentes antes de que estallara la Primera Guerra Mundial; sin embargo, la desintegración de los imperios y el impacto de los acontecimientos rusos dieron lugar a un nacionalismo extremo en el que la nación se identificó con la raza, algo que tuvo terribles consecuencias en un territorio cuyo rasgo definitorio era la diversidad. Por otro lado, la carrera por la recuperación del prestigio nacional perdido tras la Gran Guerra dio lugar a un nacionalismo agresivo, el cual unido a las tensiones étnico-raciales, desembocó en intensas luchas en pos de agrandar las fronteras de los nuevos estados-nación.<sup>173</sup>

La URSS establecida en Rusia trajo esperanzas a parte de la clase trabajadora; sin embargo, también provocó la división de la izquierda europea, algo que dio fuerzas a los nuevos movimientos de extrema derecha, movimientos contrarrevolucionarios con una connotación muy nacionalista cuyo objetivo primordial era el aniquilamiento de la revolución y de todo aquel que fuera partidario de ésta. Así, la lucha entre revolucionarios y contrarrevolucionarios fue un mal extendido en prácticamente toda Europa, sobre todo en aquellos territorios donde no existía una fuerte tradición democrática, territorios que además habían salido derrotados del conflicto internacional y que habían visto nacer unos nuevos estados-nación de la noche a la mañana. Sin embargo, la democracia logró sobrevivir a la inmediata posguerra salvo en contadas excepciones (Rusia, Hungría, Italia y España), siendo la crisis económica la que -unida a los anteriores factores- llevó a Europa al borde de la autodestrucción en 1939.<sup>174</sup>

---

<sup>172</sup> TRAVERSO, E., *A sangre y...*, op. cit., pp. 44-69.

<sup>173</sup> KERSHAW, I., *Descenso a los...* op. cit., pp. 28-29.

<sup>174</sup> *Ibídem*, pp. 31-33.

## CONCLUSIÓN.

Como bien muestra Robert Gerwarth, los distintos armisticios firmados en 1918 que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial no supusieron, ni mucho menos, el fin de la violencia en la mayor parte del territorio europeo, sino que ésta no había hecho más que empezar. De esta manera, Gerwarth rompe con la visión occidental franco-británica que había dominado hasta hace pocos años la historiografía, la cual abría un «periodo de entreguerras» estable y pacífico tras la Conferencia de París basado en la experiencia de dichos países. Sin embargo, este análisis no es aplicable en el Este y el Centro europeo.

La Revolución Rusa y la guerra civil que le siguieron fueron un espejo en el que pronto se acabaron viendo reflejados gran parte de los países europeos durante los años inmediatamente después a la revolución de 1917; una revolución y una guerra civil que han sido abordadas a su vez desde puntos de vista muy diferentes a los tradicionales, destacando las explicaciones de Julián Casanova.

El bolchevismo triunfante en Rusia se expandió rápidamente por una Europa devastada, todavía en guerra, encontrando un caldo de cultivo en aquellas ciudades que no iban a poder soportar mucho más tiempo los estragos del conflicto; y, por otro lado, provocó la salida del Imperio Ruso de la guerra a la vez que éste quedaba desarmado. Esta situación provocó altas expectativas de victoria en el bloque de los Imperios Centrales, lo que hizo que la derrota final fuera todavía más dolorosa y difícil de digerir, circunstancia que llegó a su mayor esplendor con la creación del mito de la «puñalada por la espalda», por el cual no habría sido el ejército el que (derrotado) habría hecho caer al régimen, sino que habrían sido las fuerzas políticas (no patriotas) que habían participado en los acontecimientos revolucionarios acaecidos a raíz de la expansión del bolchevismo mencionado, quienes habrían hecho caer a un imperio invicto asestándole una puñalada por la espalda, desde la retaguardia. Por otro lado, los imperios derrotados se desintegraron, naciendo de la noche a la mañana toda una serie de estados-nación creados bajo el principio de la homogeneidad étnica.

De esta manera, la ideología y la raza se convirtieron en factores legitimadores de una violencia que en muchas ocasiones fue llevada a cabo por organizaciones paramilitares compuestas por exsoldados que, motivados por su sed de venganza, no estaban dispuestos a abandonar las armas, y también por una generación demasiado joven para haber participado en la guerra que había visto a su imperio desmoronarse desde la retaguardia.

Así, revolucionarios y contrarrevolucionarios llevaron a cabo toda una serie de violentos episodios donde la ideología, la nación, la raza y la recuperación del prestigio perdido en la guerra jugaron un papel esencial. A pesar de ello, las democracias sobrevivieron - aunque con serias dificultades y dejando fuera a la URSS- en todos los nuevos estados excepto en Hungría.

Sin embargo, no había un orgullo o prestigio nacional que recuperar en la Europa occidental (pues la victoria en la guerra había compensado los esfuerzos económicos y humanos realizados durante el conflicto), ni tampoco estados que crear ni que homogeneizar desde el punto de vista étnico, y ni si quiera el comunismo era una amenaza real para éstos por mucho que éste se convirtiera en su mayor miedo. Es por ello, por lo que la violencia fue infinitivamente mayor en el Centro y en el Este, siendo el factor diferencial entre ambos territorios la derrota.

No obstante, la victoria en la guerra no fue siempre sinónimo de paz y de estabilidad, siendo el ejemplo más paradigmático -y sin contar los episodios de inestabilidad localizados que surgieron en Francia y en Gran Bretaña- el de la «*vittoria mutilata*» italiana, pues a pesar de haber ganado la guerra el país no sentía haberlo hecho, siendo esta sensación de derrota la que dio lugar a un periodo de inestabilidad y violencia revolucionaria y contrarrevolucionaria que desembocó en la llegada del fascismo - liderado por Benito Mussolini- al poder de un estado por primera vez en la historia. Así, esta clasificación de Italia como “país perdedor”, pues realmente no sentía haber salido victorioso del conflicto, refuerza la tesis de Gerwarth por la cual el factor clave para la aparición de una violencia postbélica y la continuación de la guerra sería la sensación y la no aceptación de la derrota una vez finalizada la Primera Guerra Mundial.

Finalmente, la paz y la estabilidad llegarían al continente en 1923 con la firma del Tratado de Lausana; sin embargo, la crisis económica de 1929 lanzó otra vez a escena unos problemas que no habían quedado cerrados en 1923, como la violencia étnica, el nacionalismo, el expansionismo, la no aceptación de los tratados de paz, el ataque a las democracias parlamentarias tanto por la izquierda como por la derecha, la sensación de traición por parte de la clase política y de ciertos «enemigos internos», etc., los cuales dieron lugar a un nuevo ciclo de violencia cuyos protagonistas fueron en ocasiones los mismos que había tenido el periodo que estudiado (1917-1923). Es esta continuidad de ciertos factores apreciables en la violencia acaecida entre 1914 y 1945 la que ha llevado a historiadores como Enzo Traverso a hablar de una «guerra civil europea».

## COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO.

En primer lugar, sería pertinente mencionar que debido a la situación sanitaria y social durante la cual ha sido elaborado este trabajo, el número de obras a las que he podido acceder ha sido verdaderamente limitado, siendo por ello por lo que he decidido abordar obras más generales y que no trataran únicamente el periodo al que he dedicado estas páginas (1917-1923), sino que éstas -en su mayoría- ofrecen un horizonte mucho más amplio, adentrándose de lleno en el siglo XX.

El primero de los capítulos, “Rusia: el escenario”, no podría haber sido realizado sin la investigación de Julián Casanova, a quien le agradezco su guía y apoyo como tutor de este trabajo, *La venganza de los siervos*, Barcelona, Booket, 2019. J. Casanova muestra la Revolución Rusia como un «caleidoscopio de revoluciones», ofreciendo de esta manera una visión muy diferente a la de las historiografías tradicionales soviética y liberal, ya que los sucesos que vivió Rusia durante 1917 no solo son abordados desde una perspectiva política, sino que introduce a su vez una visión de género y cultural sin la cual no es posible entender completamente qué sucedió en la Rusia que vio caer a los Romanov. Otra investigación de J. Casanova, *Europa contra Europa 1914-1946*, Barcelona, Crítica, 2011, una obra que refleja a la perfección el conflicto multipolar que vivió Europa entre 1914 y 1945, donde «la cultura de enfrentamiento» dominó estos tiempos que transcurrieron desde la muerte del zar Nicolás II hasta la muerte de Adolf Hitler.

También para la Revolución Rusa, de Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution (1891-1924)*, Londres, Penguin, 1996, una obra pionera de la nueva historiografía que surgió tras la apertura de los archivos soviéticos en 1991 en la que Figes ya introduce la Primera Guerra Mundial como catalizadora de tensiones que dio lugar a múltiples revoluciones.

Este trabajo, como ya he comentado en la introducción, sigue la tesis de la no aceptación de la derrota como causa fundamental de la violencia postbélica que presenció Europa tras el fin de la Gran Guerra, tesis defendida por Robert Gerwarth en su obra *Los Vencidos* (yo he utilizado la edición en italiano *La rabbia dei vinti. La guerra dopo la guerra 1917-1923*, Bari, Laterza, 2017). Por otro lado, muy importante para la comprensión y el estudio del fenómeno del paramilitarismo, sin el cual no es posible comprender dicha violencia, ha sido el artículo del mismo Robert Gerwarth, esta vez

acompañado de John Horne, “Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923”, *The Journal of Modern History*, 83, nº3, 2011, pp. 485-512.

Ian Kershaw, en su obra *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, Barcelona, Crítica, 2016, plasma la barbarie en la que se vio sumida Europa durante la primera parte del siglo XX, iniciando esta fase violenta en 1914 con la Primera Guerra Mundial, al igual que había hecho ya en 1994 Eric Hobsbawm en su famosa obra *La edad de los extremos. La Gran Guerra como ruptura del progreso, un antes y un después*, el paso de «*La Belle Époque*» a, en palabras de Ian Kershaw, «los infiernos».

De gran valor ha sido también *La Europa negra*, Valencia, Barlin Libros, 2018, del historiador británico Mark Mazower, quien plantea la historia del siglo XX europeo como la lucha entre democracia liberal, comunismo y fascismo. Una obra muy útil para comprender como, aunque a duras penas, la democracia sobrevivió a la altura de 1923 en prácticamente toda Europa.

Por último, la obra de Enzo Traverso *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valéncia, 2009, ha inspirado el título del epílogo del trabajo “¿Guerra Civil Europa?”. Éste interpreta la primera mitad del siglo XX, iniciándolo al igual que los ya mencionados Kershaw y Hobsbawm en 1914, como una treintena de años de simbiosis de revoluciones, contrarrevoluciones, guerras civiles, guerras entre distintos estados y todo tipo de violencia perpetrada en nombre de la raza, la nación y la clase.